

PIEL DE GALLINA

CLAUDIO MALDONADO



ILUSTRACIONES DE CHANCHÁN OLIBOS
EDICIONES INUBICALISTAS

Para Nicolás Maldonado y Alejandra Vásquez

Absurdo, sólo tú eres puro
César Vallejo



1

No sé cuánto he dormido, no hay madre, colegas, ni alumnos. Viajo solo, camino por un cerro de árboles quemados, con el terno a la miseria de arrugado y sin burro ni sombrero que me salven del calor. Levanto la vista, en el cielo hay cinco jotes, hacen un círculo sobre mí, me quieren poner la corona de espinas y yo, ¡Diosito lindo, no quiero ser Jesús!, a ese no le creo desde hace años. Abro el maletín y ordeno mis papeles. Los jotes paran de volar, se revientan como globos en un polvo de ceniza. Me dejan ser, olvidan su hambre, me dibujan un camino detrás del espejismo. Hay un regimiento. Los milicos me llevarán a casa. Ya no puedo caminar, la torre de guardia da vueltas en mi cabeza. «Alto, no se puede pasar», me grita el centinela. Le pido que llame a un superior. Me responde que el mayor está ocupado, que me siente en este monolito. Pasan las horas. Suenan las medallas, hay un tufo a letrina, taconeán unas botas ¡Ese debe ser el mayor!

- ¿En qué puedo atenderlo?
—Necesito hablar con usted, mayor.
—Estoy revisando reclutas, yo no puedo.
—Me llamo Lizardo Melgarejo.
—Soy el mayor Belisario Arturo Mayorga Montenegro.
—Un gusto conocerlo, atiéndame por favor.
—¿Qué le pasa hombre? Deje de temblar.
—Disculpe la facha, mayor. ¿No tiene un vaso de agua?
—Conforme. Vaya a mi oficina, sírvase con confianza, voy en cinco minutos.

Quiero salir con el trámite cumplido, porque yo soy Lizardo, el único que vale aquí, y no ese recluta que está saliendo del biombo. El pobre tiene la misma cara del volado de la propaganda del *Dile no a las drogas* del ministerio. Está en pelotas, del pene le cuelga un hilo de crema, le gotea hasta el piso. Cara de sicótico, ojos de pin pon, ojeras de muerto. El recluta toma una silla, tuerce la lengua. Quiere conversación, quiere salir de su locura, tiene toda la intención, pero por algo está en pelotas, con el pene gotea que gotea. Parece que no pasó bien la prueba médica del mayor. Para peor tiene un hoyo en el pecho. Salió mal formado. Seguro que lo dieron de baja. Lloro como Magdalena y no me importa que ahora me quiera hablar.

—Se equivoca, Lizardo. Aquí no está solo.

—Hace rato que te veo, recluta.

—No sea soberbio, usted no es dueño de ninguna cosa.

—No hable tonteras, recluta, yo no quiero saber nada.

—Tiene que llorarme. ¿No ve que yo soy el recluta Víctor Mujica?

—Yo no quiero saber nada de nada.

—Lo siento Lizardo, pero yo soy el elegido y me tendrá que escuchar: Me llamo Víctor Mujica Lara. Yo había pasado todas las pruebas para ser un soldado del ejército. Me faltaba aprobar la revisión médica. La noche, antes del chequeo, todos en el grupo sabíamos que los soldados nos darían la bienvenida. Era medianoche y no podíamos dormir. Yo había vivido eso de ser carnero en el liceo, y mi hermano me había contado como en su primer año de universidad lo habían obligado a morder una salchicha con yogur colgando del cierre de un fulano.

A eso de las dos entraron los soldados, con cajas de vino, cajetillas de cigarro y un par de pitos de paraguayá. A punta de patadas en la raja nos hicieron saltar de las literas. Nos pusieron en fila y luego nos dieron un abrazo tan apretado, que muchos compañeros se cagaron hasta los talones. Eso fue bueno, se relajó el ambiente y nos curamos y botamos humo a todo Jimi Hendrix. Enchufaron una radio y pusieron cumbias. Eran como veinte soldados, la mayoría unos morenos estupendos, metro ochenta. Tanto ejercicio

les había dejado las espaldas como ropero. Se reían con nosotros, echaban la cabeza para atrás, hablaban de las plazas de sus pueblos y de patear a un boliviano o a un peruano para salvar a Chile. Todo iba muy bien, hasta que uno de los morochos hizo sonar una corneta y otro salió al patio y volvió con un rollo de alambre. Hasta ahí llegó la buena onda. Varios del grupo se pusieron chúcaros. Pero éramos débiles y con un par de patadas en la raja nos tiraron a las literas y nos amarraron de las patas y las manos. Encendieron la luz. Los soldados se sacaron los bototos y luego los pantalones. No decían nada. Su silencio se perdía en mi suspiro. Frente a frente se paseaban mostrando sus piernas, sus caderas, sus colas paraditas. Yo traté de concentrarme en el bulto de sus calzoncillos. Y lo logré. Porque mucha incertidumbre tenía, pero entre tanto macho no podía cerrarme a la película de un bautizo enculado.

Aunque la realidad era más potente que mi fantasía, y esto no era por ser el gay oculto del barracón. Teniendo claro lo que pesa el pudor, si se daba la mano nunca faltaría el baño o el matorral donde limarse la joroba. Volvió a sonar la corneta y ahí fue cuando vimos a los morochos sacarse las camisetas. Las dejaron echa tiras en el suelo. Alguien subió el volumen de la música. Todos los soldados tenían un agujero en el centro del pecho. Un hundimiento en el tórax, una cavidad donde les podía caber una manzana curicana y a varios hasta un meloncito calameño.

¿Qué mierda les pasó, qué le hicieron a estos gallos?, pensamos todos sin preguntar nada. La cumbia sonaba a

todo ritmo. Amarrados a los catres, con los ojos clavados en la rareza y aturridos por la música, los vimos en posición firme. Saludables. El hoyo de sus pechos parecía no afectarles ningún órgano. Uno de ellos suspiró, levantó una caja de vino, se mandó un sorbo y nos dijo: «Bienvenidos, reclutas. Estamos cumpliendo con mostrarles el pecho, si los amarramos fue para darle más color. Hoy no pregunten. Y esperamos que mañana, en la revisión médica, si nuestra Virgen del Carmelo lo permite, uno de ustedes sea el elegido. En caso de no ser así, el próximo año deberán recibir a los nuevos y hacer lo mismo que estamos haciendo ahora con ustedes. Mañana en la revisión entenderán. Repitan conmigo: ¡Viva la Virgen del Carmelo!»

A coro gritamos: «Vivaaaa». Luego nos quedamos dormidos.

Al otro día despertamos con los alambres cortados. Lo mejor era no calentarse la cabeza, obedecer, luego pensar. La duda nos comía a todos, pero igual estábamos esperando que algún gil hablara del agujero y del elegido para darle una buena pateadura con escupo y raspacachos. Mientras comíamos, un cabo pegó en la pared una lista con el horario de la revisión. Bajo la nómina se nos pedía hablar del proceso sólo cuando tuviéramos el informe en la mano.

El mayor Belisario Arturo Mayorga Montenegro sería el encargado de la evaluación médica.

Me correspondió a las cinco y cuarto. A esa hora entré por la puerta de atrás de la enfermería. El mayor me recibió con un fuerte apretón de manos y me ofreció sillón. Era un cincuentón de huesos anchos y estatura grande. Su piel

era tan blanca que yo podía ver las venas de sus manos y su cuello. Como si fuera de sangre azul. Ojos verdes, nariz respingada, mentón papiche españolado. Un bello ejemplar, si no hubiera sido porque su cabeza no juntaba ni pegaba con la cuerpada. Era como un búfalo con cabeza de cordero. Me preguntó si yo había probado la leche de burra y le dije que cuando niño me había tomado un jarro entero y que no era mala. El mayor hizo un asterisco en su libreta, de una caja sacó un botellón y lo puso en su escritorio. En la etiqueta decía: dos litros leche de burra. El mayor movió su cabecita y me ordenó beberla toda en diez minutos. No me calenté el cráneo, obedecí, pensé en la plaza de mi pueblo, en la cara de mi abuela, en todas esas cuestiones que me hacían ser yo, cosas que siendo tan joven pateaba por simplonas, pero que con el tiempo me harían desconfiar de las cosas peludas del mundo, el amor, la valentía, el miedo a la muerte, cuestiones de las que uno se cree dueño.

Me serví la leche sin chistar. Se me infló la panza. El mayor arrancó mi ropa y abrió mis piernas. Apretó los labios y volvió a dibujar un asterisco en su libreta. Se pegó un palmazo en la frente y fue al perchero por su delantal. El procedimiento fue rápido. Metió su cabecita entre mis bolas y olfateó el tronco de mi pene. Lamió la vena un rato largo. Como un tragasables comenzó a chupar. La plaza de mi pueblo, la joroba limada, el vino en el cielo. Cuando acabé pensé que se venía el último asterisco. Pero mi mayor quería más. Aguanté la segunda mamada. No era mi esperma su interés, incluso la escupía con asco en un riñón metálico.

Al tercer choque, Mayorga comenzó a tragar los primeros chorros de leche de burra. Yo, con los ojos pegados al techo, sentía el sonido de mi estómago vaciándose y los gruñidos del mayor mamando. En algún momento la ordeñada pararía. Porque yo era una vaca de dos litros y punto. Cuando escuché mi primer suspiro lo creí cuestión de pena, pero ya con el segundo sentí una pata de elefante en mi costilla. El mayor se despegó y se lanzó al sillón. Con la cara toda roja agarró una maquina digital y se tomó la presión. Con el tercer suspiro sentí un cosquilleo en el pecho. Cuando me fui a rascar la piel yo tenía un agujero en pleno centro. Así fue. El hueco era sin dolor ni sangre. El tamaño del vacío era del porte de mi puño. Ya era uno más. El mayor paró su oreja y se acercó a la mía: «Por esto ganamos nuestra libertad, Mujica. ¡Ejército patriota, siempre vencedor, nunca vencido!».

Fue ahí cuando el guardia le avisó al mayor de un tal Lizardo. Me miró de reojo y con un palmazo en la nuca me escondió en el biombo. Al rato entró un hombre, era usted, don Lizardo. Usted se tomó un vaso de agua al seco y sacó unos papeles del maletín.

¡Oh, Madre del Carmelo! Cúbreme con tu manto porque tengo frío y miedo, sácame de aquí sin novedad, deja disfrutar de mi agujero y no me cargues con el cacho de la revolución!

Eso se lo dije a la virgencita, mientras usted esperaba, Lizardo.

Luego la virgen se me apareció aspirando una bolsa de tolueno. A la redentora le trapeaba la lengua por el piso. Afirmándose en la corona le hizo empeño y me dijo: «Hijo

mío, ese hombre es Lizardo, no te quiere, no le pidas nada, no quiere darte nada, pero igual te abrirá las puertas de tu cielo».

La virgen, antes de irse, me empujó fuera del biombo, para conocerlo a usted, don Lizardo. Yo sé que esperaba cualquier cosa, menos a mí. Yo lo noté cansado, con rabia de verme tan volado y en pelotas. No era mi culpa, era culpa del mayor y de la virgen, señor Lizardo.

—¡No lo quiero seguir escuchando, recluta, por las rechuchas!

—¡Dígame, qué hago, señor Lizardo!

—Váyase a su casa, rellénese ese hoyo. Ahora con tanta medicina quedará normal.

—¡Yo quiero ser soldado!

—Mire, recluta, cálese mejor y escóndase en el biombo.

—¿Acaso es normal lo que nos pasa?

—Ahí viene el mayor. ¡Escóndase en el biombo recluta!



2

—MAYOR, GRACIAS por recibirme, yo vengo de Allá.
He tenido un accidente y parece que me estoy muriendo.

—Ya me parecía raro que anduviera por Acá.

—Yo no quiero morir aquí. Yo quiero volver.

—No tenga miedo, don Lizardo, si Acá la cosa es sin dolor.

—Es que yo quiero volver Allá y jubilarme.

—Pero si usted no es viejo, además le falta mucho tiempo.

—Tengo cincuenta y cinco años.

—Don Lizardo, debería olvidarse.

—Quiero jubilarme apenas vuelva. Quiero verme jubilado.

—¿Y por qué tanto deseo, don Lizardo? ¿Tiene alguna enfermedad?

—No, puro cansancio malo, pero ya no puedo más.

—¿Entonces Allá debe tener el tremendo sueldo?

—Bueno, bueno, don Lizardo, paremos la chacota, pero, jajajajaja, ¿Se acuerda cómo fue su accidente?

—Estaba en el Octavo A, en sala de computación, haciendo clases de religión. Les dije: «Alumnos, enciendan los equipos, entren a la red y busquen al Espíritu Santo». Luego anoté las preguntas en la pizarra y me senté a vigilar. «Soto, no quiero chateos. Ayala, no copie textual, saque conclusiones propias ¿Por qué buscar al Espíritu Santo, Martín? Simple, porque yo soy el guía y usted el aprendiz». De repente sonó el timbre. Miré el reloj, todavía no era horario de recreo. Los chiquillos volaron a la puerta. Les grité que salieran en dos filas, pero me empujaron y salieron al pasillo. Me levanté como pude y vi que las otras salas también se vaciaban. Los otros colegas miraban boquiabiertos a la masa de estudiantes. A punta de codazos, tropezones y zancadillas, disfrutaban de otro simulacro de incendio. Que como siempre se había ido a la mierda. Ahí fue cuando me pasó, en vez de quedarme pegado al dintel, respiré profundo y me lancé a las patas del ganado, al vértigo caliente de esa romería superada por el juego. Me uní a la turba y me dejé llevar. La idea era bajar al patio principal. Cuando llegamos a la escalera se formó un embudo y varios chiquillos salieron disparados. Chicoteado por la retaguardia me afirmé en una baranda. Cuando puse un pie en el peldaño sentí como si la piel se me arrugara entera, un frío me entró por todas partes, un frío que no tenía por donde venir. Ahí seguramente me caí y rodé por la escalera.

—Entonces fue muy grave, don Lizardo. Tendrá que conformarse.

—Tengo los papeles de regreso, túbrelos.

—Yo no tengo ni un poder para salvarlo.

—Por algo estoy aquí, usted es un hombre serio. Ayúdeme.

—No se desubique. Esto es un regimiento de telecomunicaciones.

—Pero mayor, soy un formador, si quiere le hago un taller a sus reclutas.

—¡De los reclutas me encargo yo!

—Devuélvame Allá, quiero verme jubilado.

—¡Pero no sé como diablos ayudarlo!

—¿No es un regimiento de telecomunicaciones? ¡Comuníquese con alguien!

—Basta don Lizardo. No me colme. Haré una llamada, pero sólo una.

—Y si no funciona ¿Me pegará un tiro?

—No sea molesto, tendrá que desaparecer solo.

—Yo no quiero morir todavía.

—Cállese y déjeme hacer la llamada.

—¿Aló? Soy el mayor Mayorga. Comuníqueme con el señor Chatino. Gracias. Señor Chatino, cómo va el trabajo. Sí, bien, bien, dándole duro igual. Claro, claro. Sabe que tengo un problema y necesito colaboración. Esa es la idea, por eso mismo. El caballero es profesor y viene de Allá y quiere devolverse. Un accidente grave. Yo no sé, no es mi tarea, justamente. Un error. Pero yo no puedo. No quiere morir. Tienes sus razones. No creo. Sí, es profesor con varios

años de servicio. Y quiero mandarlo a conversar con usted. Sin ningún compromiso. Conforme, conforme. Que se convenza. Con diez minutos que se tome. En una de esas. Pero no me cuente nada, no se moleste. Ahí usted vea. No se moleste en llamar. Haga lo que tenga que hacer. Gracias señor Chatino.

— ¿Y cómo le fue, mayor?

—Lo mandaré a conversar con el señor Chatino.

—¿Quién es ese?

—El director de un colegio.

—¿Y con eso podría volver Allá?

—No tengo la menor idea, don Lizardo. Un soldado lo llevará en jeep.

—No sabe cuánto le agradezco esta oportunidad.

—¿Y su maletín? ¿Ya no le sirve que lo deja tirado?

—¡Oh! Gracias, mayor. Sin los papeles no soy nada.

DEL '76

TE HABLO del setenta y seis. No nos dio el cuesco, ni el bolsillo para la universidad. Entramos a pedagogía Básica, al Winston Churchill recién inaugurado. «Deben estudiar y no pensar en vinagreras del pasado», nos decía don Saludino Espinoza. Era el director de la carrera, un maricón sonriente que hace poco murió seco por un cáncer a las bolas.

En el curso estaban los que apoyaban el golpe, los que sufrían y los que se borraban escuchando Bee Gees. Yo me la jugué por la unidad. Mis compañeros me nombraron delegado oficial de la carrera. Éramos un grupo pequeño. Yo trabajé por la opinión de todos, que nadie se subiera por el chorro. La idea era formar un solo cuerpo. Ayudamos con alojamiento y puchero al *Negro* Soto y a Ferrada cuando había temporal. Manejábamos una caja chica en caso de accidente. Todavía el *Piojo* Onzueta se acuerda del gato que rompió las vérices de su madre. Formé jefes de estudio para ayudar a los flojos, organicé las fiestas patrias y siempre estuve a cargo de la semana Churchilliana.

Llevábamos un mes de clases cuando se matriculó Lizardo Melgarejo. Le expliqué, en la oficina de don Saludino, el panorama del curso. La primera impresión que dio fue negativa. Algunos lo encontraron pedante, otros un mojigato de cuidado. Al final, el motivo del rechazo era muy simple, y cuando todos lo captaron lo integraron. Es que el problema suyo era su cara, la expresión de su cara, que era tiesa como palo, como si el dentista le hubiera dejado una

anestesia eterna en los cachetes, en la pera y en la frente. El *Chanchó* Cervela lo bautizó como el *Moai*. Y era chistosa su rareza, porque Lizardo tenía una voz tremenda. Gozábamos escuchándolo, con ganas de que echara todo eso que tenía escondido detrás de su máscara. «Lizardo, ¿estás contento? Fuiste de los pocos que no sacó rojo con el *Turco Yarur*», le preguntaban. Lizardo abría los ojos y respondía: «Claro, indudable, feliz con la nota, la necesitaba urgente para subir el promedio en expresión musical». «¡Pero entonces alégrate, *Moai!*», le gritaban desde el fondo de la sala. Y ahí se armaba la pelotera cuando Lizardo lo intentaba. El gesto le salía tan de mentira que nos dejaba locos. A veces conversando en el casino nos salía con una mueca de enojado, o a veces de duda, o de terror. Nos pillaba de sorpresa. Porque la magia le duraba unos segundos y luego volvía a su estado natural. Volvía a ser el *Moai*. Poco a poco Lizardo se convirtió en la voz oficial del alumnado Churchilliano. En todas las ceremonias y discursos oficiales se hizo necesario. Es que cara de piedra comunicaba todo pronunciando con gesto calculado las palabras, entonando siempre a perfección, jugando con las pausas, la dicción. Pero siempre con un gesto neutro, como si sólo nos dejara su voz, y en el intertanto se fuera a dar un buen paseo por la China.

A lo dos años nos graduamos. Verano del setenta y ocho. Fuimos los primeros profesores básicos del Churchill, junto a la primera generación de asistentes de párvulo, de relacionadores públicos y de secretarías bilingües con mención en protocolo. La invitada de honor fue Lucía Hiriart de Pinochet.

Gente con banderas y pañuelos blancos, escolares levantando pancartas de cartulina y la canción nacional sonando como tambor apache en los parlantes amarrados en los postes del centro. Lizardo debía lucirse. Don Cayetano Urbina, el mismísimo dueño del instituto, le escribió el discurso de despedida. Que según los rumores de pasillo estaba para hacer llorar al diablo y a la vieja, que llegó forrada en un traje azul marino con capa y con pluma en el sombrero. Se abrió la ceremonia, le entregaron un ramo de rosas, uno de claveles y un mantel de lino bordado que decía: *El estudiante Churchilliano le agradece el derecho a progresar*. Don Saludino le quiso entregar unas espuelas de plata, pero ella le hizo una seña con el guante a su edecán, que como pudo tomó los regalos y la llevó del brazo a una esquina del patio. Bajo un toldo la esperaba el alcalde y el gobernador con sus señoras: don Rosamel Munita, don Atilio Villablanca y otros dueños de fundo que no recuerdo. Luego se cantaron los cuatro himnos y don Cayetano dio la bienvenida con un discurso de quince minutos. Luego se dio el vamos a la entrega de los títulos y a las fotos juntos a los padres. Al terminar esa parte fue cuando comenzó a salir el olor a chuleta asada desde el toldo. El escenario fue cubierto de una bruma finita, pero picante. Lizardo subió al proscenio y se largó con los párrafos: la reconstrucción de la patria y la educación. El humo se hizo espeso cuando tiraron las longanizas. La gente comenzó a salivar, y a rascarse el cuello y la cabeza. Lizardo le daba duro a la formación docente y al progreso material y espiritual del ser humano. Cuando empezaron las risotadas

y los carraspeos, me llegó a través de don Saludino, en mi calidad de coordinador general de toda esa tontera, la orden de pedirle al auxiliar que subiera un ventilador. A Lizardo no le hacía mella nada, siguió con voz de macho emocionado, dando como ejemplos de constancia a Diego de Almagro, a Portales, al Andrés Bello. El auxiliar no encontró ningún alargador para conectar el aparato. Ahí la gente entendió que lo mejor era quedarse quieta y muda. El discurso terminó y todos aplaudimos a rabiar. La vieja no quiso bailar el pie de cueca con el mejor egresado. Desapareció con la patota, antes de la *Canción del adiós*.

Nosotros hicimos un asado en la casa de Celedón. A las pocas semanas me ofrecieron un reemplazo por cinco meses en una escuela en Coquimbo. Me quedé más de veinte años. A Lizardo lo habré visto de lejos, dos o tres veces, cuando visitaba a mi mamá en el verano. Cuando ella falleció no volví por harto tiempo. El noventa y seis, de Valparaíso, me llamó el *Chancho* Cervela. Me pidió que lo ayudara a organizar una reunión de ex compañeros. «La mayoría se quedó viviendo en Curicó», me dijo el *Chancho*.

Hice todas las movidas para que la cosa funcionara. De los veinticinco me contacté con diecinueve. Dieciséis confirmaron su asistencia. Al final trece pagaron la cuota. Fue en el Club Español. Llegaron cinco pelagatos. Tuvimos que rogarle al *Chancho* que dejara de patear las mesas. Onzuela, repetía una y otra vez, que había que tomarse todo el trago y comerse toda la mechada y partir a putas. El Ferrada, mas aindiado que nunca, lo único que hacía era reírse con

sus dientes de coipo tailandés. El Zavala intentó hacer una llamadas, pero nadie lo pescó. El *Pancho* Roldán entró, nos dio un abrazo lloriqueado y como vio que no había quórum agarró su cacharro y se fue.

Me gustaría decir que también llegó el *Moai* Melgarejo, que llegó tarde y que nos tiró un discurso de aquellos. Pero no fue así. No porque se esté muriendo voy a mentir. Eso no le sirve a nadie. Antes de partir a Coquimbo me lo topé en la esquina de la zapatería *El Negro*. «Hola Lizardo. Qué te pasó hombre? No fuiste a la junta», le dije. «Cómo estás, Sergio. No pude, muchas pruebas que revisar», me respondió. Le conté que habíamos terminado chupando en *la Rosita* y que nos acordamos de todas las tallas, de los profesores, de sus discursos, de las minitas que nos comíamos. Pero Lizardo me miraba aturdido, ya no tenía esa cara de moai, le quedaba el puro tono de voz, la angustia le comía todo el gesto. «Yo no me acuerdo de nada, Sergio, se me borraron esos tiempos», me aclaró. Su actitud no la tomé como una prepotencia. Prometo que no fue así. Le dije que sabía de su separación, le pregunté si a su hija la veía seguido. «Todo eso, Sergio, ya es asunto superado», me volvió a decir. Estiró la mano para despedirse. Para no incomodarlo le tiré una talla: «Estás como en la película del profe, *Carpe Diem* ¿O no, Lizardo?» Me miró con cara de extraviado, dio vuelta la espalda y siguió caminando.

Ojalá que ahora se salve, pero ese día del noventa y seis yo lo vi muy perdido.

3

—PÓNGASE EL cinturón, caballero. Aquí es puro camino de ripio.

—Cabo, ¿estos terrenos son del regimiento?

—No, señor. Todo esto, lado y lado, es de don Cri Cri.

—¿Y qué le dio por tener tanto plátano oriental?

—Don Cristóbal Crisóstomo es un empresario muy famoso de por Acá.

—¿Y a cuánto estamos del colegio?

—Son cuarenta kilómetros de puro plátano oriental.

—Debe ser un buen negocio.

—Es que don Cri Cri los saca cuando están nuevos y se los vende a las municipalidades.

— ¿Pero y las alergias? Ese árbol es fregado.

—Tiene a trescientas personas trabajando. En vivero, poda, trasplante, carga.

— ¿Y de dónde trae la mano de obra? ¿Esa gente está pagando alguna deuda?

—Eso que ve ahí son puros argentinos. Don Cri Cri los trata bien.

—No les debe pagar tan mal, si vienen de tan lejos.

—Don Cri Cri lo dice siempre: «*Crear empresas es crear trabajo y ese ha sido mi trabajo*».

—Con su permiso, cabo, voy a cerrar los ojos. Necesito descansar.

—Descanse, caballero, no se asuste con los saltos.

Ahora los jotes reposan en un plátano oriental. Los miro, abren sus alas, me hacen un escudo familiar. Cuando sea viejo lavarán su culo en mis reclamos, cebados, felices de haberme picoteado hasta la última moneda. Y será un chiste malo, casi tan malo como el del *Chicho* Hirano, ese humorista que hacía de mongólico y que por farrero terminó en un conventillo pidiendo plata para pañales. Yo, por lo menos, saqué la casa propia, tengo un autito, una cuenta para enfermedad y un hoyo en el Parque del recuerdo. Pero no me conformé. Hace dos años me la jugué por el retiro laboral anticipado. Me gané el odio de un par de ejecutivos, me hice el loco, el payaso y el suicida con los mandos medios, fatigué noches enteras redactando cartas a la Superintendencia de Pensiones. A pesar de tener cuarenta millones cotizados me dijeron que el retiro anticipado era imposible, me faltaban otro buen par de millones más. El Estado me obligaba a

meter mi plata en un fondo. Sacarla era imposible. Me la devolverían por partes, cuando sólo fuera un viejo enfermo y agotado para el goce.

Pero la plata no es todo. Porque yo quiero jubilar de la vida toda. O sea jubilar de creer que me gusta ser profesor, cuando es una tortura predicar como loro el sueño del chileno negro, pero millonario. O sea jubilar de hacerme el divorciado amargo, cuando estoy feliz de vivir bien atendido en la casa de mi mamá y de encerrarme en la mía cuando me da la gana. Jubilar de todo, de llorar cuando mi hija me trata como Redbank, a sabiendas que es la única felicidad que le doy. Jubilar de tratar a la política con odio, cuando por ignorarla me salvé de todas las chanchadas de la dictadura. Jubilar de no pedirle nada a Dios y dejarlo que sea feliz regalándome salud. Jubilar de todas estas cosas que nunca fueron mías y que me las prestó el miedo. No renuncié al trabajo por miedo a ser pobre, no volví a tener otra mujer por miedo a tener mucha paciencia. No frené el abuso de mi hija por miedo a decirle que se ha convertido en una perra. Miedo a los milicos, miedo al Espíritu Santo, miedo al miedo.

Recién ahora tengo una verdad mía, algo que no es hijo ni pariente de nadie: Las ganas de jubilar y mirar la vida desde afuera, como un zombie sin pasado ni futuro, sólo con un presente para hablar con un tal Chatino y así volver con la vida repuesta. Sin esa fatiga de hombrecito prepotente dando manotazos a las tragamonedas de la esquina. Ya no hay tiempo para rebeldías, la tortilla se quemó por los dos

lados. Tanto simulacro me dejó vacío, sin ganas de ser otro. Seré un zombie relleno de nada, arrancando de esa nada para no sentir nada.

Ahora estoy aquí, golpeando las puertas del Colegio de Aplicación Avícola Abelardo Taladriz. Le diré: buenos días, señor Chatino, soy Melgarejo y aquí tengo mis papeles. Chatino se disculpará por el desorden de boletas. No le cuadran. ¿Chatino será un mono con navaja? ¿O un gañán con aires de patrón? Chatino será un guarén de tomo y lomo. Le daré las gracias por el queso y le pondrá el timbre al papeleo. Y despertaré al otro lado, con la vista fresca, en una cama de hospital respirando bueno, con una enfermera clavándome una pichicata que me ponga creativo, que dibuje a mi mamá silbando mientras baja del guindo, contenta de verme vivo y con el único vestido de su vida niña. Y la vida, la vida deshaciéndose en las luces del doctor escuchando el canturreo de mi clase sobre el sustantivo primitivo, derivado, despectivo y colectivo. Bien, bien, bienvenido Acá don Lizardo. Acá se abren las puertas del colegio. Allá la enfermera cabeceará de sueño. Y Allá la sirena marcará las doce. La imaginación imagina de noche lo que no se halla de día. Buenas tardes, soy el profesor Lizardo Melgarejo. Tengo reunión con el señor Chatino. Derecho hasta el final del pasillo, la oficina izquierda.

4

—¡TE ESPERABA, Lizardo! Soy Omar Chatino, Director supremo del colegio avícola más importante de Acá. Soy el que rige los destinos del Abelardo Taladriz. Toma asiento. Deja esos papeles para después, ahora no te servirán de nada. Mira viejo perro, yo no te puedo devolver Allá así como así. Sírvete un café. La idea es que hagamos buenas migas. De otra forma perderemos. Nos tocó necesitarnos. Y un trabajo educacional efectivo es colaborativo. Tú necesitas volver vivo Allá y yo debo cuidar mi puesto Acá. Hablemos las cosas como son. Para mi sería horrible volver al aula, y enfrentar de nuevo a esos tarados, que nacieron y morirán en un conflicto cognitivo irremediable. Volver a enseñarles me significaría tirar a la basura todos mis postgrados y sobre todo me borraría el sueldo que gano. Y yo tengo recién veintisiete años. Y a ti te falta poco para descansar, Lizardo.

No mereces morir aquí. Sería una lástima que, por una mala estrategia en nuestra comunicación organizacional, esta comunidad educativa quedara sin cabeza. Porque sin modestia te digo: los indicadores de desempeño de calidad del colegio se han disparado en mi gestión. Sírvete otro café. ¿Me sigues, Lizardo? Muy bien. Aunque como bien sabrás, todo es desechable y yo no quiero arriesgar. Estoy ante una pequeña crisis, quizás la primera de mi carrera. Según Shorenstein, en estos tiempos es un error pensar que una crisis, por el hecho de quebrar o dividir, es factible de ser siempre un espacio para la pausa reflexiva o el criterio igual llamado razonamiento adecuado. Hay que lanzarse más allá de la mente, a través de los sentidos, en busca de una solución para llegar a la felicidad. Pero con la razón. Le obedezco a la naturaleza de las cosas. Proceso los datos perceptivos. El desear algo no lo convertirá en realidad. Los hechos son los hechos, independiente de los sentimientos, deseos, esperanzas o miedos del hombre. ¿Me sigues? ¿Otro café? Que bueno, Lizardo. Porque nada de lo que digo sirve si hay violencia, si hay egoísmo irracional. Eso hay que castigarlo. Nos neutralizamos en nuestra conveniencia, así ni tú ni yo somos esclavos de nuestra necesidad. Somos hermanos. Nos cuidamos. Somos como un faro alzado sobre los oscuros cruces de caminos del mundo. Es posible, Lizardo. Es posible si nos lanzamos sin rodeos al problema. Pasa que tengo una profesora enferma. Esto no sería tan malo, pero es la encargada del Cuarto Nivel, de los pollos que se gradúan. Tiene un lumbago, reposó un par de días y

cuando volvió se cayó de la silla. Ahí se pudrió todo. Pidió licencia médica. No ha vuelto más. Calcula, Lizardo, aquí todos los meses titulamos pollos. Nos queda una semana para ponerlos al día en los contenidos mínimos esenciales. Y ni hablar de los objetivos de formación transversal: el criterio, el tino, la mesura, la ubicuidad al servicio de la rebeldía obediente. Lizardo, llevamos al curso a la biblioteca, los colegas más proactivos les pusieron videos, les hicieron guías. Pero aquí el tiempo nos devora y ha sido inútil. Al final tanta clase perdida ha generado indisciplina, desmotivación, apoderados inquietos y lo peor de todo: el peligro de perder la confianza del mercado. Es por esto que tú puedes hacerlo, Lizardo. Tú podrías tomar el curso en estos días, recuperar el tiempo, inventar didácticas entretenidas, hacer un seminario intensivo. Lo que se te ocurra con tal de terminar bien el proceso. Nos jugamos el prestigio. Eres la oportunidad. No me respondas todavía. Falta la otra parte. La que te interesa en este asunto: no morir aquí y poder jubilar. Primero debes conocer el colegio. Déjame llamar al inspector Latorre. Necesito que veas en detalle como funciona todo. Quiero que conozcas a los profesores. Esto debe quedar entre tú y yo, por el bien de los dos. Cuando vuelvas cerramos el acuerdo. ¿Alguna duda?

—No.

5

—BIENVENIDO, DON Lizardo. Soy Latorre, el inspector.

—Está muy bonito y moderno el colegio.

—Ahí está el busto de don Abelardo Taladriz.

—¿Fue el primer rector? ¿Donó el terreno?

—Don Abelardo fue un gran avicultor.

—Y como tenía plata fundó un colegio para pollos.

—Antes esto era un matadero gigante, el mejor de Acá.

—Pero a la gente empeñosa no hay como frenarla. Don Abelardo se adelantó al tiempo. Vio que la industria del pollo se degeneraba.

—Usted dice por los antibióticos, la harinilla de pescado, las pechugas de las niñas.

—Eso era un drama, pero lo esencial era la falta de la cosa educativa.

—*Donde hay educación no hay distinción de clases*, dijo

Confucio.

—Don Abelardo pensó que los pollos debían ser criados en forma integral, engordando sanamente, preparando el intelecto y el espíritu para el buen morir.

—Sí, pero ahí había un negocio, por algo el hombre era empresario.

—La idea fue y es criar pollos de excelencia, *golden premium sapiens*.

—O sea una mensualidad bien cara, no más de cuarenta pollos por sala, profes bien pagados.

—El consumidor sabe que los pollitos no se hacen paté. Las pollitas no sienten la presión del huevo.

—Los apoderados saltarán en una pata con tanta regalía.

—A fines de mes llegan en masa a matricular a sus huevos, se pelean como perros por un cupo, se chocan los autos, exigen que abramos otro curso.

—¿Y esa misma gente los compra y se los come?

—En los noventa la competencia se puso mala clase, nos acusaron de violar los derechos del pollo. A don Abelardo le dio una trombosis.

—El envidioso muere, pero la envidia nunca.

—Cuando don Abelardo falleció, su hijo don Samir, tomó las riendas del colegio.

—*Pollos Taladriz, un pollo ilustrado, tan sano como el de campo.*

—¡Eso me gustó! Don Lizardo, vamos a conocer los niveles.

—Me parece excelente.

—Aquí estamos en la incubadora. La ventilación es natural. La música depende del ánimo embrionario. Un poco de Andrea Bocelli, Mocedades, «El himno de la Alegría» interpretada por *el Puma*. Hoy les toca el concierto en zampona de los Pachamari. Vibran, no se nota, pero vibran y en una semana serán un grupo curso y así vendrán los otros huevos. Treinta grados, cáscaras sin grietas, sin humedad y sin bacterias.

Vamos al Primer Nivel. La profesora encargada es la señorita Bruni Soto. Tiene estudios avanzados en sicopedagogía curricular y didácticas de auto conocimiento corporal en aves nonatas. En este nivel los estudiantes aprenden a identificar su anatomía. Ojos, buche, molleja, patas y garras, plumas y rabo. Toda una armonía, el engranaje entero picoteando, bombeando sangre, reventando mierda por la cloaca. Superado esto, los pollos del Primer Nivel están en condiciones de reventar conceptualmente la idea de ser una máquina de Dios. Como las piezas de un rompecabezas, las partes de su cuerpo son rebautizadas con la perspectiva del consumo mercantil. Para entender mejor, miremos la clase que ahora imparte la colega Soto. Sería ideal conversar con ella. Pero cuando está en clases y la interrumpen se vuelve loca. La puerta de la sala tiene vidrio. Fíjese, ahora la colega les proyecta el video de una pechuga solitaria. La pechuga desaparece y luego aparece, se difumina y se pega en el dibujo de un pollo que tiene un agujero en el pecho. La pechuga salta por un campo de trigo, hasta caer feliz en una olla de agua hervida. Cinco tutos cortos, un par de alas y ocho patas bailan felices alrededor del fuego culinario. Fin de la exposición. Ahora la colega hará una dinámica reflexiva en torno al tema.



Vamos al Segundo Nivel. En este curso nos centramos en el ámbito de la educación física y motriz del pollo. Don Nelson Poblete, el encargado del módulo, nos explicará de manera más técnica cuáles son las actividades y metas del programa:

Con los estudiantes trabajo tres aspectos: La Movilidad Articular que permite desplazar una parte del cuerpo manteniendo un retorno efectivo de la pieza a la estructura anatómica. La Flexibilidad, como capacidad para deformar el cuerpo sin riesgo de sufrir daño. La Elasticidad, que recupera la forma una vez terminada la fuerza externa. Ahora, estos ejercicios van más allá

del deseo de mantener a nuestros alumnos con mente y cuerpo sano. La gimnasia aplicada es un simulacro de su porvenir trozado. Les damos la esperanza de un trozado digno. Siempre pido un voluntario, pero los pollos son tímidos. Prefiero ocupar este pollo muñeco. Lo tomo firme de las alas y lo tumbo en la colchoneta. Primero le separo las piernas de la pechuga, lo más que puedo. Así será cuando le hagan el corte a los costados y se las dejen unidas sólo por el espinazo. Luego le doblo la columna hacia atrás. Esta flexión se hará cuando se la quiebren y quede la mitad superior y la inferior. Y así continuamos con el paso tres. Le separo la pierna de la entrepierna, buscando la articulación. Esto es bastante práctico para no cortar a través del hueso. Para terminar el curso nos falta el trabajo de pescuezo y rabadilla. Lo más complejo. Adquiridas estas condiciones, nuestros pollos pasan a la otra etapa.

En el Tercer Nivel los contenidos están dirigidos a interiorizar al alumno en quienes fueron sus antecesores, su conformación biológica, su adaptación al entorno, la diferenciación final, su relación con el humano. Las clases están a cargo de Marco Serrano, Doctor en historiografía del ave de corral. Al entrar al salón deberíamos ver a los alumnos copiando el dictado, pero prefieren aletear y escuchar atentos la cátedra del profesor:

Los romanos consideraban al gallo como un animal consagrado al dios Marte, y para los cristianos simbolizaba la resurrección de Cristo. Punto seguido. También fue el emblema de los franceses. Los sacerdotes de la antigüedad leían el futuro en las tripas del pollo. Punto aparte.

En un tiempo el pollo fue despreciado por las mesas elegantes, sin saber que las gallinas domésticas eran primas directas del faisán.

Punto final.

—Señor Latorre, la sala del Cuarto Nivel está vacía.

—La profesora está con licencia, don Lizardo.

—¿Y dónde están los alumnos, señor Latorre?

—Deberían estar en biblioteca. En una semana se titulan y no han aprendido nada.

—Saldrán mal preparados. Eso le baja el pelo a cualquier colegio.

—Por eso debe aceptar el reemplazo, don Lizardo.

—No me queda otra, yo quiero irme por la puerta ancha.

—Para mí lo importante son los pollos.

—¿Cuáles son los contenidos que debo pasar?

—Disculpe don Lizardo, debo tocar el timbre de salida.

—Quiero ver el programa de estudios.

—Tranquilo, tengo que llevarlos al galpón, es la hora de comer.

—Pero necesito ver el programa de estudios.

—Don Lizardo, espéreme en la sala de profesores y luego nos vamos a la procesadora.

AMÉN

Señor Jesucristo, me hiciste nacer en la miseria y después me viste progresar a punta de olvido y paciencia. Me diste como esposo a Juvenal, hombre cascarrabias, pero excelente trabajador de Correos de Chile. Te lo llevaste de un cáncer al estómago, cuando Lizardito tenía ocho años.

Señor poderoso, te confieso lo que sabes, la vida entera se me fue en alejar a mi niño de ti. Y no fue por hacer mal, los Melgarejo siempre tuvimos que ser gente de bien. Es que me olvidé enseñarle tu bondad. Es que yo no quería que Lizardo anduviera como limosnero, estirándote la mano cada vez que se le presentara un problema. Cuando niña, cuántas veces te rogué por un pan, acostados en la cama, piluchos todos los hermanos, mi mamita lavándonos la única pilcha de ropa que teníamos. Y el hambre me seguía igual, aunque te llorara toda la noche. Me hice una mujer sin rabia a tu poder, fue mi gracia proteger a mi Lizardo de ser un mendigo de tu santidad. A Lizardo siempre le inculqué la idea del trabajo duro y el buen modo para ganarse una vida sin apreturas, y que si las cosas salían mal no debía renegar de ti, pues harta era la sangre que habías derramado en la cruz por culpa nuestra. Señor Jesucristo, ya estoy vieja para hincarme en esta capilla, y no tengo cara para que lo saques de su gravedad. Los médicos me dicen que sólo hay que esperar, la gente que lo viene a visitar se toma las manos, hace cadenas de oración, piden en tu nombre que saques a mi niño de la muerte. Yo a veces participo, pero me siento

rara y con miedo que al rogarte en público te baje la rabia y me arranques a mi Lizardo de un tirón y te lo lleves a tu cielo si encuentras que se lo ganó.

Señor Jesucristo, si no hay poder humano que salve a Lizardo, que se haga tu voluntad. Lo alejé de ti y ya es tarde para arrepentirse. Si algo te pudiera pedir sería que me llevaras a mí, pero si Lizardo me viera en esto, bien feo miraría mi actitud. Porque al final yo y mi pajarito sabemos que al final de todo siempre hay eso que tú llamas la resignación. Amén.



6

ME QUEDO solo en el salón de profesores. En el techo hay un tragaluz de vidrio. Cinco jotes hacen un círculo sobre mi cabeza. Soy su Jesucristo. Le cuento a los jotes lo que ha pasado. Escúchenme señores, les ruego.

Cuando sonó el timbre, los colegas salieron al pasillo y zapatearon y aplaudieron motivando la salida. El señor Latorre sacó una varilla eléctrica y protegió el paso de los chicos. *La colación, que rica está, la comeremos hasta el final, para crecer, para engordar y tener fuerzas como papá.* Los más grandes aletearon y saltaron pio, pio, pio, paaaa, vayan todos a tragar.

Después, el señor Latorre, caminó al fondo del patio moviendo los brazos al cielo, rojo de rabia, meneando la cabeza les gritó a los pollos del Cuarto Nivel: «¡Cómo es posible que picoteen los cardenales! ¿No conocen los hora-

rios? ¿Qué pasó con biblioteca? ¡Miren esas plumas dando vueltas! Les quedan dos semanas para licenciarse y cero esfuerzos. Pero mañana se acaba la flojera, llegó el profesor nuevo, se llama Lizardo y es terrible. Los meterá a todos de cabeza en el estudio».

Clo, clo, clo, cloooo con la varilla eléctrica los pollos se fueron cabeceando como egipcios, dando aletazos de vuelo al comedor.

Yo todo eso lo vi y lo escuché por la ventana del salón de profesores. Había un microondas para calentar el almuerzo que no tenía. Revisé los potes. Lechugas con quesillo, porotos negros y arroz con choncho. *Todo lo vence el hambre, menos el hambre*, dijo Séneca. Metí los dedos y devoré todo, afiebrado, angurriente, gazuzo. De pronto aparecieron los tres colegas. Con la boca llena los miré perdido. La señorita Bruni Soto rompió el hielo: «Lizardo, no te hagas dramas, la culpa es de este saco de huevas que dejó los potes a vista y paciencia de todos». El colega Serrano puso los ojos blancos y tirándose la barba le ladró: «¡Si no fuera por tus gafas te rompería el hocico!». La comida en mi garganta se atoró. El colega Poblete se dio cuenta y me sentó en sus rodillas boca abajo. Con palmazos en el tungo me sacó lo amargo y encaró a los otros: «¡Par de imbéciles, tarados de mierda! ¿Cuántas veces les advertí prepararse por si llegaba el reemplazante? Pero ustedes, soberbios como siempre, ay sí, como no, que la colega Rosa se pondrá de pie, que el colega se arrepentirá en la puerta, que tiene cara de huevón cobarde. Ahora este pobre está como sapo lleno

de gases, y nosotros recagados de hambre». La colega Bruni volvió a la carga: «Oye, Nelson Poblete Monroy, ¿no te das cuenta que si el colega tiene flatos es porque tu arroz está más duro que la concha de tu abuela?»

Por largo rato le dieron duro y parejo a las chuchadas: «¡Trae medio kilo de tu hermana para hacer arroz con puta!» Y el otro dijo: «Y tú pechoña del diablo, me cago en las tetas de tu virgen y que su niño mame mierda». Y el otro devolvió: «Perro sicótico». Y ella agarró vuelo: «guatón maraco». Y no faltó el que disparó: «Orejón cabeza de paila». Y así le devolvieron: «Sí, pero yo no soy diabético».

Poco a poco se fueron calmando, hasta que los colegas agacharon la cabeza y se metieron en sus libros de clases, a poner las firmas atrasadas, a escribir los contenidos de su clase. Me fui a una esquina para servirme un té. A los minutos sentí la boca de Nelson Poblete en mi oreja: «Colega Lizardo, la Bruni es franca, honesta y dice la pura verdad. Serrano debería haber comprado un candado hace tiempo, pero Serrano es un pan de Dios, nunca piensa en la maldad. Para la próxima me comprometo a hacer el arroz más blando. Lizardo, yo confío en mis colegas, metería las manos al fuego por ellos. Yo te cuento esto porque me caíste bien, pero esto queda entre nosotros ¿te quedó claro?».

Apenas Bruni hizo el gesto de acercarse, Poblete le tiró una mueca de asco y agarró su bolso y dejó el salón. Con la cancha libre la colega repitió la forma de Poblete: «Mira, Lizardo, yo soy súper franca y te lo digo de frente, si andas hablando mal, o le haces alguna chuecura a mis compañeros,

yo te prometo que te hago la vida a cuadritos. En todo caso, cuenta conmigo para lo que sea. Estaré en biblioteca, voy a buscar un material».

Serrano salió del baño y arrastró una silla. Antes que empezara con su cantinela yo me adelanté y le paré los carros. Le dije que yo venía a trabajar, no a molestar ni a pelar, ni a insultar a nadie. Si se llevaban mal no era asunto mío. Serrano se arregló la corbata, dio un suspiro y me habló: «Don Lizardo, yo estoy viejo para peleas, tengo sesenta y tres años, si me tratan como una basura da lo mismo, yo a esos dos los quiero mucho, son parte de mi vida. Usted hará un reemplazo de dos semanas. Vuelva o no la colega Rosita usted se irá. Latorre y Chatino nunca informan de nada, pero uno igual saca conclusiones, sean correctas o incorrectas, al final uno siempre queda tranquilo con ellas, porque uno las amolda al gusto propio, y si uno quiere las comparte. Procure hacer bien sus clases, sea tolerante. La medida nunca ha producido cosas grandes. No sea un agrandado. Ahí viene Latorre, haga lo que tenga que hacer».

7

AHÍ VIENE el señor Latorre, arruga la frente, se golpea rabioso con la varilla eléctrica en la pierna. ¿Se habrá peleado con algún alumno?.

—Don Lizardo, yo siempre espero colaboración.

—Estaba compartiendo con los colegas.

—Tengo poco tiempo, vamos a la procesadora.

—¿Se acordó del programa de estudios?

—Le aconsejo: con los profes ni fuego que lo queme, ni hielo que lo congele.

—Echan hartos de menos a la colega con licencia.

—Y no pida cariño, todo se lo encontrarán bonito.

—Ya se lo dije, señor Latorre, cumpliendo con mi trabajo estoy conforme.

—Llegamos, don Lizardo. Aprieto el botón, marco la clave y se abre la puerta.

—Súper tecnológico, se ve impecable.

—Póngase ese delantal blanco.

—¿Leche de burra, señor Latorre?

—¿Cómo dijo?

—No me haga caso. Enséñeme todo, yo aprendo rápido.

—Apenas los alumnos terminan su última clase, son llevados al Sala de Entretenimiento. Ahí disponen de camillas vibratorias, mini toboganes, columpios, bebederos individuales, inciensos, música oriental. Permanecen un día y una noche bajo mi supervisión. Si lo desea, en su calidad de profesor jefe, puede ir a visitarlos y despedirse, les puede leer un discurso, recitarles un poema, o si quiere organizarles una dinámica de reflexión lúdica grupal. Ojo. Durante esas horas los pollos no consumen alimento. Es por una cuestión de higiene. Al otro día, muy de mañana, los estudiantes suben a este utilitario, que es como un auto de golf, pero con carroza, ¿se fija? Usted dirá: ¿por qué no los llevan caminando? Es por la imagen, por respeto al rito educativo de la muerte. Porque a esas alturas, por muy instruidos y concientizados que estén, por instinto, los pollos se neurotizan, desconocen el lugar, se rebelan contra el hambre. En todo caso, en mis años de trabajo he tenido dos casos de riña, pero sólo fueron aletazos, picotazos menores que mi varilla controló en el acto. Hace cinco años un alumno, antes se subir al carro, murió de taquicardia. Más anécdotas no hay, porque el proceso es siempre limpio y con la panza vacía la liberación de fecas

nerviosas se reduce bastante. Al llegar aquí, a la planta procesadora, los estudiantes son sacados del vehículo y con estas mangueras les aplicamos una ducha desparasitaria. Luego les amarramos la patas y los colgamos en el transportador aéreo. Lo hacemos rápido, a menor sufrimiento menos dolor. Acciono esta palanca y los pollos ingresan a la aturdidora. Aquí se les aplica una descarga eléctrica que les anestesia toda la pechuga. Hacen un par de movimientos locos, pero al salir de la cámara quedan como sedas. Antes de iniciar la otra etapa, como criaturas de Dios que somos, nos damos un minuto para leerles la oración que está en esa pizarra:

Queridos pollos: ahora experimentan la luz clara de la realidad objetiva. Nada les sucede, nada ha sucedido nunca, ni sucederá jamás. Recuérdense ahora como viajeros, no hay otro recuerdo, pues son la vacuidad del vacío. Son los viajeros de la luz clara y ya no pueden nacer, existir, cambiar ni morir, porque ahora saben de su verdadera naturaleza. Saben que han dado lo mejor, para ser simplemente los egresados más sanos, inteligentes y bellos del Colegio de Aplicación Avícola Abelardo Taladriz.

Y llega el momento del corte y desangrado. Nuestros alumnos pasan por este túnel que, si se fija usted, don Lizardo, tiene su entrada y salida forrada con caucho para evitar la contaminación. Al interior del túnel hay un tubo filoso que les hace un corte preciso en el cogote. En cosa de instantes nuestros pollos se mueren, pero según las normas, el tiempo mínimo de sangría es de un minuto y medio. Luego viene la fase del escaldado. En este tanque los pollos

son sumergidos en agua caliente. La idea es darle calor a los poros, para que dejen las plumas bien sueltas y así pasen a la desplumadora. Fíjese en el movimiento. Funciona por medio del roce de esos dedos de goma montados en esos platos que dan vueltas. Nuestra máquina es de primera calidad, la tenemos perfectamente calibrada, nunca hemos roto alas y jamás hemos dañado un espinazo. El destripado es una etapa compleja. Los transferimos a esta máquina que llamamos *el Carrusel*. En la primera vuelta se cortan las cabezas, en la segunda vuelta se succionan las vísceras. Todo se va por esta canaleta metálica, hasta un depósito donde son analizadas por el inspector sanitario. Que, dicho sea de paso, soy yo mismo. Con este esmeril se les arranca el buche y la traquea y luego, con esta garrita metálica, se les desprende el cogote. En la tercera vuelta *el Carrusel* les quita las patas y les remueve el ano para sacarles las últimas sobras. Y así, don Lizardo, vamos llegando al final. En este tanque, que tiene un sistema de traslación mediante paletas, reciben un golpe de agua fría que los deja óptimos para el empaquetado. Antes lo hacíamos nosotros, pero hace dos años, y gracias a la gestión del señor Chatino, tenemos esta embolsadora al vacío que más encima entrega el producto etiquetado. Todo lo demás lo hace una empresa externa al colegio: la limpieza del recinto, la recolección del guano y la entrega de los pollos para los consumidores. ¿Alguna duda, don Lizardo?

—¿Tendré que hacer mis clases aquí?

—Nunca más. Esta es la primera y última vez que entra a este lugar.

—¿No sería mejor mostrarles el terreno?

—Usted es un hombre de teoría y práctica, en su sala lo hará todo.

—Por eso le insisto tanto en los programas de estudios.

—Aquí tiene los seis libros: el Colgado, el Aturdido, el Hervido, el Desplumado, el Destripado y el Enfriado-Empaquetado.

—Gracias, señor Latorre. ¿Cómo puede hacer solo todo este trabajo?

—Me colabora Glenda, la manipuladora de alimentos.

—¿Será hora de ir donde el señor Chatino?

—Lo dejo por hoy. Ahora tiene que ir al comedor.

—Ya almorcé, señor Latorre, los colegas compartieron conmigo.

—Tiene que ir al comedor de los alumnos, debe conocer a Glenda.

—¿Me explicará la parte alimentaria?

—Váyase por la bodega de insumos, Glenda lo está esperando.

8

LA CANTIDAD de cosas que hay aquí. Y tan larga la bodega, parece túnel. Sacos de grano, libros, cajas de lápices, cuadernos, carretillas, palas, pedazos de computadores, rollos de alambre, una motosierra. Allá está la puerta de salida. Por fin.

—Hola, me llamo Lucio Calquín, y como ves, soy un montón de guano.

—Soy el profesor Lizardo, voy a la cocina.

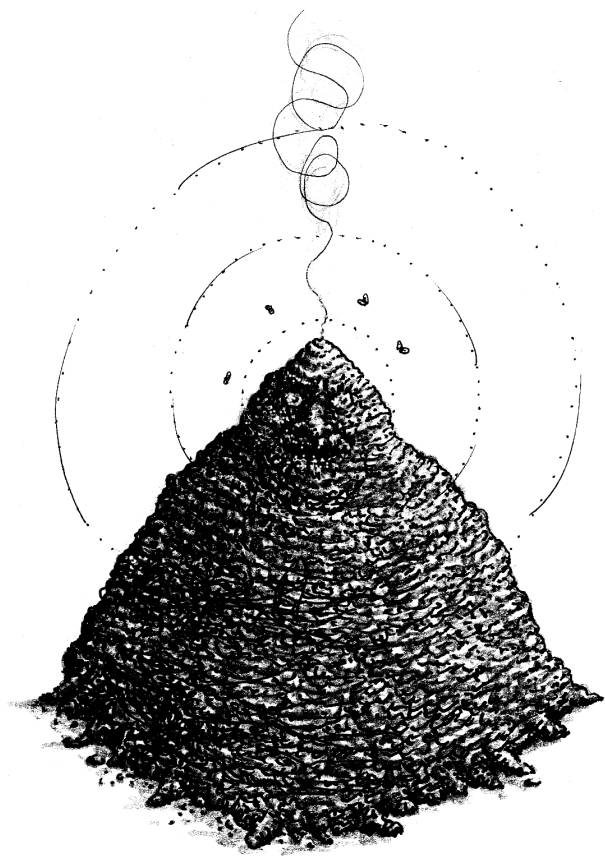
—Yo amo a Glenda, no te metas con ella.

—Entonces saca las moscas, con ese olor no creo que te dé mucha bola.

—Yo también tengo derecho a amar.

—Me imagino, pero debo caminar, la señora me está esperando.

- Glenda es una señorita, pero con poto de señora.
- ¿Eres funcionario del colegio?
- Soy el guardián síquico de la bodega, pero nadie sabe que tengo vida.
- ¿Y por qué yo tengo la dicha de saber?
- Porque eres de Allá y ahora tienes mente para todo.
- No lo entiendo.
- Todos se comen a Glenda, menos yo.
- Lucio, no me interesa el chisme.
- No te metas con ella, te lo ruego.
- Pero si luego te echarán al césped o a las plantas.
- Mis papás, o sea el ano de los alumnos, me mantienen vivo para amarla.
- Lucio, me complicas la existencia.
- Lizardo, no te dejes engatusar por ella.
- ¿Y está muy buena que tanto adviertes?
- Una vez al mes, mi Glenda entra a la bodega, sin saber de mi presencia. Yo la veo con mi fuerza mental, la veo revolcarse con el chofer del camión, con los tipos del aseo, con el vendedor de churros. La veo desnuda, la escucho quejarse, saltar como diosa. Al final lo único que hago es masturbarme y soñar con el día en que se aferre a mi cariño. Anhele chupar el néctar de su piel, en una cama de tres plazas, a mi pequeña hada, a mi pudú ancestral, a mi castora salvaje. Agua puerca circula por mis ojos y ella es tan lejana que a veces me dan ganas de inyectarle ácido en el útero.
- Tranquilo, Lucio, yo vine a hacer un reemplazo. Nada más.
- Lizardo, dame una mano, verás como te pago. No soy



—YO TAMBIÉN TENGO DERECHO A AMAR.

un retrasado, tengo un coeficiente superior.

— ¿Quieres que le hable de ti?

—No sirve de nada que le cuentes que yo existo, te tomaría por loco.

—Si veo a esos tipos les diré que le voy a contar todo al director.

—Te lo agradezco, Lizardo.

—Ahora debo irme. Despeja las moscas.

—Te haré un regalo, soy síquico telépata astral. Te conectaré con tu viejita.

—Permiso, permiso, pero me siento mal, adiós.

Putas el huevón fétido, me dejó la ropa pasada, y este mareo no me deja caminar. Necesito aire limpio, tengo que llegar a Glenda. Soy el mesías de los jotes, pero con esta facha ni ellos me dan aliento. Mamita querida ¿Qué hace orando si usted no cree en nada? Cálleme con un bofetón, déme con el taco del zapato en la cabeza, pero no me haga escuchar su rezo. Aunque el amor de una madre no contempla lo imposible, y con mayor razón, si ve a su hijo tirado en una cama, conectado a mangueras y a sueros. Rece si quiere, mamita, pero lejos de aquí. Si no le cree al Divino por último créame a mí. Yo la espero desde Acá. Váyase con su show a otro lado. Tranquila, mamá, no llore. No pienso quedarme. Depende de mí. No sirven los rezos, ni las buenas vibras de sus conocidos. Que ganas que no me importe el sermón de Chatino, que ganas de no pescar el reglamento de Latorre,

que ganas de gritarles a los pollos que su educación vale menos que la calentura de Calquín. Pero no puedo, menos ahora que me juego la vida, la chance de zafar y jubilarme de toda la mentira. Mamá, será el último esfuerzo, cuando la vuelva a ver yo estaré en otra actitud. Mamá, llegué al comedor de los alumnos, no paran de hacer ruido, aturden mi cabeza. Me abro paso entre las plumas que saltan asustadas en mi ropa. Los alumnos no paran de comer, no paran de cagar y de apelonarse en una indiferencia colectiva. Hay algunos que llevan una cinta negra en el cogote. Deben ser los de mi curso. Los saludo a la distancia, sin respuesta. Sigo caminando hasta llegar a Glenda. La manipuladora me invita a la cocina, le digo que para mí es un gusto conocerla. Mamá, si ahora la viera estaríamos de acuerdo, ella también es de mi gusto, es bajita, delgada y blanca. Chao, mami, debo preguntarle a ella por la tabla nutricional de los alumnos. Pensará que soy un tonto, es mejor así, debo hacer todo rápido, ocupar el tiempo y que éste sea la distancia más larga entre ella y yo.

DANIXA

—Mi Rony me salió estudioso. Está en Cuarto Medio y tiene promedio arriba de seis cinco. Ojalá me llegue a la universidad.

—Sí, pero voh' sos temporera no más poh'.

—¡No como ese culiao del Pepe! Cagá de hijo mayor. Al hueón le pagué un semestre de Publicidadá en el IPROCHILE.

—Insisto, voh' sos temporera.

—Y ahí se lo pasaba arranao en la casa. Todo volao. Dibujando un surfista en un block.

—Sí, pero voh' sos temporera.

—Tomo el bus a las seis de la mañana. Llego a la frutícola a la siete. A las cinco estoy en la casa. Atiendo a mi mami. Le hago la curación. La saco al patio. De ahí me aplico con el teñido de las poleras. Prendo el fuego, que la anilina, la revuelvo y traspairo como yegua. ¡Ayer no había ni sal de mesa!

—Si voh' sos temporera no más poh'.

—Ya llevo doce años en la frutícola. Ayer le dije a unas sapas culiás que cortaran el vacilón. «Aquí la que trabaja soy yo y la que trapea erís tú», le dije a una hueona cara laucha. Mi jefa me miró no más. La señora Marly sabe que estoy ahorrando pa' la casa propia.

—Sos temporera no más poh'.

—Dios quiera que mi Rony vaya derechito. Ya estoy cansá de andar planchando hueás ajenas. Mira que la droga, el trago, las yeguas que le chupan hasta la última monea. ¡Ya no aguanto la miseria!

—Sí, pero voh' sos temporera no más poh, Ana.
—¡Y cuaaanta es la hueá! Soy temporera ¿Y qué?
—¿Pero pa' qué te sulfurai?
—Es que me da rabia poh', Danixa. Tu tení al Nelson.
Estay asegurá. El papá de tu hija también maneja sus moneas.
—¿Querí un cigarro?
—Planchando y fumando no le hace, pero igual. ¿Cómo se llama tu ex?
—Lizardo.
—¿Y nunca más se hablaron?
—La cosa terminó remal poh'.
—Demás, si te lo cagaste con el Nelson.
—Ya no había nada cuando pasó.
—¿Te levantaba la mano? ¿O era malo pa' la cama?
—Era un gallo buena gente, metido en su colegio, bueno con su mamá.
—Te metiste con el loco pa' salir de la pobreza. Esa hueá siempre pasa.
—Era cuarentón cuando lo conocí. Me gustó que fuera un gallo respetado.
—Queríai puro salir a carretear, y el otro ya venía de vuelta.
—Na' que ver. Si el Lizardo nunca fumó, ni tomó trago en su vida.
—Estabai quejándote de puro llena entonces.
—Él quería una dueña de casa. Tener la despensa llena. La casa brillante.
—¿Te asustaste con tanto lujo? Y no te sacaba ni a la esquina. Te apuesto.

—Yo le puse empeño. Hacíamos las compras, íbamos a la casa de su mamá.

—Igual el loco era profé no más poh'. ¿Queríai que te pagara una nana?

—Me dio una depresión. Ya no hacía el aseo. Se me juntaba loza sucia, engordé como chancha. Veía tele toda la tarde. Dormía a potto suelto. A la Sally le salieron hasta piojos.

—Y te empezó a tratar como el hoyo. Con justa razón poh', Danixa.

—Na' que ver. Varias veces me pidió que cambiara. Pero lo pedía por él y por la niña chica. Nunca por mí.

—El loco terrible fome.

—Cuando veía las camisas como acordeón, cuando a la Sally le faltaba un baño de tina, el Lizardo agachaba la cabeza y se iba amurrado con la niña pa' donde su mamá. La vieja vive como a tres cuadras. Se volvía en la noche a puro dormir.

—¿Y qué te decían los papás tuyos?

—Nunca les quise dar problemas Me veían mal, no se metían en nada.

—Esa no era vida poh', Danixa. A ese hombre nunca lo amaste. Igual le estabai haciendo un daño y a tu hija igual.

—Le tomé rabia. Me puse insolente. Nunca le importó que yo no estuviera ni ahí con él.

—¿Y ahí se te soltaron las trenzas?

—Es que ya con la Sally en el jardín infantil me di tiempo pa' salir un rato. Me hice amiga de varias vecinas del barrio. Ahí les contaba mis dramas. Fumábamos unos puchos. De repente sus piscolas.

—Y ahí conociste al Nelson.

—Hermano de la Magali. La mejor amiga que dejé por allá. El Nelson era de otra población. Pero estacionaba el camión en la cuadra.

—Igual metiste al Nelson a la casa. Esa hueá no se hace. Te fuiste en la media volá.

—Estuvo mal eso poh', pero no me arrepiento. El Lizardo quería reventarme de cansancio.

—¡Cuenta cuenta! No me gusta la copucha, pero me entretiene.

—Eso poh'. Que ya no dormía en la casa. Me tenía sin un peso. Las cosas justas pa' la Sally. Su mamá le andaba diciendo a todo el mundo que yo era una hueona maraca, que me tenía que ir con cría y todo.

—¿Y cuando te pilló con el Nelson, estabai ensartá en la pica?

—Te juro por la Sally que estábamos puro besándonos.

—¿Y qué hizo? ¿El Lizardo lo agarró a combos?

—Na' que ver. Subió la escalera. Nos vio, bajó y se encerró en el baño.

—Chiaaa, el hueón raro. Te pasaste la película que andaba con un fierro.

—El Nelson no se quería ir. Fue desesperante. Hasta que lo convencí.

—Súper cara raja, jajajaja. De cagao el Nelson no llama a los pacos.

—Cuando el Nelson se fue, el Lizardo salió del baño y me dijo que tenía una semana para irme.

—Le dije emputecía que yo me iría cuando se me antojara.
—¿Pero cuál era el drama? ¿Se quería quedar con la Sally?
—Me empezó a preguntar por qué yo no lo quería. Que por qué yo era así. Que me había dado de todo. Que quién era el Nelson.

—Y tú ahí le soltaste toda la mierda.

—Le dije que me daba asco, que ya no quería estar con un viejo fome, que quería hacer mi vida.

—¿Y qué te dijo?

—Seguía preguntando lo mismo, que si lo quería, qué cosas pensaba. Me empezó a interrogar.

—Y que hiciste. ¿Fuiste detrasito del Nelson?

—Me dio tanta rabia su pará hueona, que hasta un florero le tiré. Después caché que no era na' un fierro el que tenía. En la chaqueta tenía una grabadora.

—¿Pa' hacerte una demanda?

—A los tres días el Nelson me la hizo corta. Me dijo que nos viniéramos pa' acá, pa' Santiago. Yo le dije que sí altiro. Saqué todas las cosas de la casa. Igual me fui en la volá. Hasta las cañerías del gas me las llevé.

—Pero así es la cosa poh' Danixa. Lo pasado pisado. Lo que es yo, todavía tengo que plancharte estas sábanas. La suerte del pobre. Pero ya vendrán tiempos mejores, como decía mi abuelita Zoila.

—Sí, pero voh' sos temporera no mas poh'.

—¿Y vai a seguir con el hueveo?

—Si es broma oh'. No tenís pa' que sulfurarte.

TRES MESES DESPUÉS

—Aló Danixa. Soy yo, la Magali.

—Hola, Maga, ¿Qué se cuenta?

—Es que no sabía si contarte o no.

—Ya pos cuenta, ¿que hueá?

—Tu ex, el Lizardo, se sacó la chucha en la escuela.

—¿Ya y? ¿Qué querís que haga?

—Es que está muy mal. Está en la UCI.

—Le tendré que decir a la Sally.

—Se queda aquí en mi casa, no hay drama.

—Y justo cuando la Sally está llena de pruebas en el instituto.

—Sí, pero así son los accidentes poh', es su hija.

—Yo le aviso. Ojalá que no pase nada malo.

—Dios quiera. ¿Oye, huachita, y cómo has estado?

—Bien, sin novedad. El Nelson anda en Tocopilla. Llega el martes.

9

—BUENAS TARDES, el inspector Latorre me pidió venir.

—¿Cómo estás? Me llamo Glenda, soy la manipuladora de alimentos.

—Dime si tengo que aprender algo.

—¿Lizardo, te molesta que te tutee?

—Para nada, Glenda, mejor así.

—¿Tengo que ver la parte alimentaria? ¿El sistema de las máquinas?

—Lizardo, relájate, Chatino me lo contó todo.

—Vengo por una semana a reemplazar a la colega Rosa, la del Cuarto Nivel.

—Lo tengo claro, ya sé a que vienes.

—Disculpa, pero no entiendo.

—Conmigo no tienes que hacer el show.

—Don Chatino me dijo que mantuviera reserva.

- Sí, pero con los profes y el inspector.
- ¿Son malas personas?
- Es que ni ellos ni Latorre ganan algo sabiendo.
- Debe ser, con todo el trabajo que tienen.
- Yo lo sé todo, Lizardo. ¡Y deja de mover la pierna!
- Eres como el brazo derecho de don Chatino.
- Algo así. ¿Cocinas? ¿Planchas tu ropa? ¿Te habló el Omar del alojamiento?
- Ahora entiendo tu interés.
- Lizardo, apuesto que no sabes hacer ni un huevo frito.
- ¿Tú siempre eres tan directa?
- ¿A qué hora te dijo Omar que teníamos que ir?
- Ahora mismo.
- Tiene que sonar el timbre, no puedo dejar a los pollos solos.
- No se ven tan inquietos.
- Ese Latorre los tiene cortitos, él y su varilla no fallan.

10

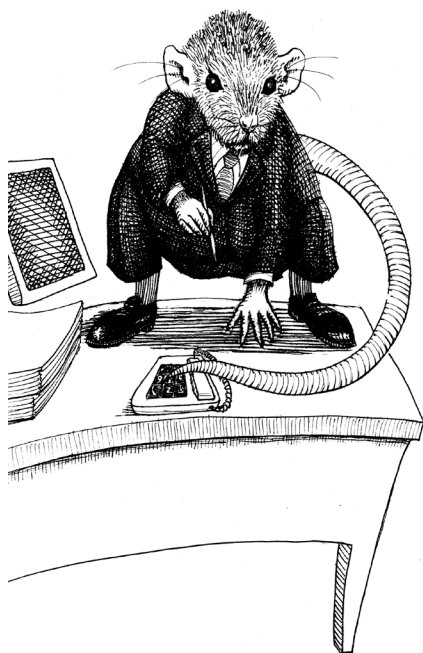
—Lizardo, que bueno verte. No te puedo ofrecer queso. Mira la cantidad de mails que llegaron. Ni se te ocurra sacar tus papeles. Ya no hay vueltas que darle al asunto. Mañana comenzamos. La entrada es a las ocho, y a las ocho y cuarto debes estar en tu sala. Latorre te mostró el colegio, ya sabes como son los niveles, y lo más importante: sabes como es el tuyo ¿Te pasaron los programas? Muy bien. Nos queda una semana para salir bien parados. Mañana martes partes con la clase del Colgado-Aturdido, el miércoles viene el Desangrado, jueves el Hervido- Desplumado, viernes el Trozado, sábado el Enfriado-Empaquetado. Sí, Lizardo, nos podemos perder tiempo. Ese mismo día los alumnos pasan a mejor vida y el domingo es la Prueba del Sabor. Te detallo este punto: Cada fin de mes se constituye una comisión para evaluar si los aprendizajes adquiridos por los pollos reflejan

la calidad de su carne. Por ejemplo, la comisión calificará la textura de sus tutos, la crocancia de sus alas, la sustancia del consomé, la humedad de su pechuga. Lizardo, si logras que estos pajarracos sean los más sabrosos del planeta, podré gestionar sin mayor problema tu vuelta Allá y podrás jubilar como quieras. Ahora, Lizardo, haces muy bien en callar, debe ser duro, veo que Glenda te ayuda a frenar la lengua. No son tiempos para cuestionar la educación. Ya lo conversamos hace un rato, nuestro interés es mutuo. Yo me quedo con mi puesto y yo le pido al jefazo que ponga su firma y su timbre en tus papeles. No, Lizardo, en eso te equivocas. Aquí en el colegio, Samir Taladriz tiene muy poco poder. Es verdad, es el hijo del finado fundador, pero es una figura decorativa, un monigote. No debería decirlo, pero parece palo blanco. Bueno, ya que estamos en esto, tengo que decirte las cosas, me carga el misterio. El dueño del colegio es el regimiento de telecomunicaciones ¿No los habías pensado antes? Yo te hacía más despierto, Lizardo. El colegio es de los milicos y de don Cristóbal Crisóstomo, el famoso don Cri Cri, un empresario millonario de por Acá. Samir le paga los sueldos a los profes y a los funcionarios y tiene la concesión de las máquinas en la procesadora. Pero en el fondo pesa menos que la tula de Pulgarcito. Lizardo, disculpa el lenguaje, estoy alterado. Al rato que te fuiste supe que Samir había llamado al mayor Mayorga para contarle lo de la colega Rosa y la pérdida de clases. El tipo es mala clase, seguro exageró todo. Me pasó a llevar ¡Si yo soy el director! El mayor no paró de llamar, me mandó no sé cuántos correos, se descontroló.

Mira como tengo el teléfono, todo chicoteado por la histeria. Menos mal que siempre me adelanto a los hechos, y apenas llegaste te lancé la oferta. Hace media hora le mandé al mayor la solución, redacté un informe completo, le dije que tú te harías cargo del reemplazo, que habías demostrado un gran interés, y que esperabas hacer un buen trabajo y recibir tu paga como corresponde. Ellos lo saben todo, Lizardo. Les mandé el cronograma de tus contenidos, me comprometí a enviarles todos los días un informe pormenorizado de tu labor. Lizardo, estamos poniendo todas las fichas en ti. Me la he jugado para eso. Lizardo, viejo perro querido, la comisión de la Prueba del Sabor la integran el mayor Mayorga, don Cri Cri, el tarado de Samir, Glenda y yo. Si somos pesimistas es un tres a dos en contra. Pero confío, todo saldrá bien. Ya te imaginarás que los pollos son para el consumo de los peces gordos del regimiento. La obsesión porque los pollos sean de primera línea no es capricho de ahora, siempre ha sido así, sólo que antes el producto se vendía para todo público. Ahora que son para el rancho del regimiento la urgencia y fiscalización está totalmente focalizada. ¿Ahora entiendes el porqué tengo este cuerpo de guarén? ¿Captas lo vital de tu clase de mañana? Si necesitas algún material sólo debes pedirselo a Latorre. Ahora déjame hablar de tu hospedaje. El colegio cuenta con un complejo de cabañas destinadas a profesores y funcionarios. Los fines de semana los profesores y Latorre se van a sus hogares. Sólo queda Glenda. Ella es la encargada de la mantención de las viviendas. Aparte de todo el trabajo que tiene en la cocina, le alcanza el tiempo para

ofrecer un servicio de aseo y preparación de almuerzo y cena. También ofrece lavado de ropa. Lizardo, compañero, tengo súper claro que aquí no cuentas con dinero. Yo correré con los gastos de tu mantención. Como ya te dije, los dos nos jugamos el pellejo. Disculpa la facha de guarén de parrón, es mi primera crisis y bebo a sorbos lentos la traición, la desmesura y el vértigo. Te ayudaré en todo. Ahora Glenda te irá a dejar a tu cabaña, son las que se ven detrás del bosquecito. ¿Hay algo que me quieras preguntar?

—No.



11

ESTOY EN la cabaña cuatro, sin sueño y con los pies hinchados. Es de noche, debo cranear la clase de mañana. Las luces de los otros se apagaron. Hace rato que Glenda se fue. La cabaña no estaba sucia. Ella, apenas entró se puso a trapear el piso, limpió el water, dejó brillando las ventanas. Fue a su cabaña, volvió con mercadería. Peló papas, cocinó una carne. En un dos por tres dejó lista la comida en una vianda. Me hizo la cama, preparó un termo con café, unos panes con jamón.

Ahora estoy en la negrura misma de la noche recordando el día.

Glenda tiene unos cuarenta años. Lucio Calquín tiene razón, es una ardilla movediza, tiene dientes de paleta, pero le dan gracia, una ternura extraña que da risa. Camino a la oficina de Chatino sacó un espejito y un rush. «Hay que

tener buen caracho para el jefe», me dijo riendo. Su cara se desarmó al entrar. ¿Por qué tanto asombro? ¿Nunca había visto a Chatino en esa facha? Con un hilo de voz Glenda me dijo: «Lizardo, cuando Omar se estresa se convierte en un gañán, a veces en un mono con navaja, pero por mi abuela que nunca lo había visto así». Yo vi al guarén Chatino encima del escritorio, pataleando fiebre, con terno azul, corbata roja, el lomo transpirado, la cola chicoteando el teléfono. Aguantó un escalofrío, apuntó el hocico a mi cara: «Lizardo, ya es tarde para darte un queso, mira estos correos, ni se te ocurra abrir el maletín». Le hablé a Chatino de mi tour por el colegio, de la calidad docente, de la técnica evaluativa que tenía en mente. Había tanta angustia en esos ojos colorados, que mejor me hice el leso y le pedí un café. Glenda me tomó el brazo y enterró la uña. «Lizardo, cierra la boca, déjalo que hable». Le dije suéltame. Pero ella me aclaró: «Shhh... que Acá yo te cuido bien, shhhh... Sabemos, eres profe, pero no te aceleres, escucha lo que dice Omar». Chatino movió sus orejitas, Glenda abrió la cortina. El sol entró por todos lados. ¡Oh!, ahí estaba el Espíritu Santo, único, sutil, ágil penetrante, inmaculado, claro, inofensivo, agudo, libre, bienhechor, omnisciente, penetrando en todas las almas puras y sutiles. Glenda se acomodó la gorra, con una toalla le secó el pelaje a Chatino que silbó un Ave María. Con una bombilla le dio un agua de tilo y le dijo en voz muy baja: «Tranquilo jefe, que aquí hay un buen calor».

Así fue la cosa, aquí estoy en la cabaña, en la negrura misma de la noche, esperando la mañana. Debo hacer una

buena clase. Dicen que los jotes duermen con un ojo abierto. Anoté todas las instrucciones del guarén. El Colgado es lo primero, centrarse en la relajación del estudiante, evitar la histeria individual y colectiva, acostumbrar el cuerpo al vértigo de sentir el mundo al revés. Objetivo transversal: Generación de clima de respeto con el colgado de al lado, evitar aletazos y fecas distractoras. Cuando Chatino terminó de hablar se escondió bajo un archivador. Apenas le oí decir: «Chao, váyanse a la cabaña». Salí por el portón trasero. Con Glenda. Un puente de tablas, los maitenes, los boldos, los maquis, un pozo viejo escondido en la zarzamora. Arriba las tórtolas, las perdices, los zorzales. «Cuidado con el litre», le dije a Glenda. «No seas perseguido», me respondió. Le conté la magia para no enronchase: «Buenas tardes señor litre, usted se llama Lizardo y yo me llamo litre». Ella se rió del secreto, se rió hasta cuando en la orilla del canal nos topamos con un zorro gris, tieso, mosqueado, con cuatro caranchos arriba de su lomo. Presionaban con las patas, desgarrando las piltrafas con el pico, alejándose para tragar en paz, volviendo al rato por más tripa. En eso aterrizaron dos jotes, reposados, caballeros. Parecía que los caranchos los tenían a raya, pero no, era su elegancia la que los hacía esperar su turno. Uno de los jotes entró a los ojos del zorro, el otro a las partes blandas del hocico. «¡Ella es de Calquín, no le comas el coco con tus achaques!» La telepatía calquinesca me agarrotó la mente, pero me repuse. «Es la ley de la vida, Lizardo, no te pongas sentimental, no seas tarado», me dijo Glenda. «Me duelen los pies y quiero llegar luego, eso me

pasa», le contesté. Me gusta la corrosión de la materia, las demoliciones, los derrumbes. Eso pensé decirle, pero me callé. Hasta que abrimos un cerco de hualle y entramos a las cabañas. Ella me pasó la llave y me dijo: «Lizardo, yo vivo en la cabaña siete, Latorre en la dos, los dos profes viven juntos en la tres y la señorita Bruni es tu vecina con la cinco».

El cuatro es mi número, el de la poca imaginación, el del testarudo, el que se pone demasiado grave y se confunde.

Ya es tarde, debo presentar una didáctica motivadora. En la bodega vi unos listones, Había cuerdas y elásticos. Si mañana logro que aprendan, sin darse cuenta, será un logro tremendo.

Debo redactar la actividad, con Glenda no pude, su trajín, su canturreo, su bla, bla. Que ahora no está, pero que sigo recordando:

—Tú estás igual que Omar, chato con la pedagogía.

—Yo quiero jubilar de todo, Glenda.

—¿Y por qué no te pegaste un tiro?

—Tengo derecho al descanso, a vivirlo por un rato.

—Y si aquí te va bien, ¿cómo lo harás Allá?

—Ufff, Glenda, dejaré que todo me resbale.

—Te entiendo, pero supongo que harás algo.

—El cambio va por dentro, lo tengo claro.

—Lizardo, ¡no puedes ser tan miedoso!

—Entonces me quemó a lo bonzo.

—Pide licencias médicas, putea a tu jefe y ándate de viaje.

—Ya no estoy para esos trotes.

—¡Una mierda eso de tu libertad por dentro!

—¿Y porqué decirle a la gente que ya no me importa?
—Lizardo, no es decir, es hacer algo, y no por los demás, sino por ti.
—Primero tengo que salir de aquí.
—Siempre estás mintiendo, escondiéndote de todo.
—¿Acaso no escuchaste a Chatino? Los milicos tienen el timbre final.
—¿Y conmigo también aparentas?
—Pero si tú lo sabes todo, no tiene sentido.
—Nunca había visto a un viejo joven tan viejo.
—Glenda, así soy, recién ahora tengo algo mío y de verdad.
—¿Conmigo también aparentas?
—Ya te dije, contigo no sirve de nada.
—Lizardo, hace algo útil.
—¿Qué cosa? Me duelen los pies.
—Levanta esas sillas, corre ese estante. Tengo que trapear el piso.

Glenda me dejó el terno planchado y estirado en el sillón. Es tarde. Me duelen los pies. Mañana los pollos deben aprender a no hacer cuello de botella en el trayecto. Por ahí va la actividad, me iluminé, la termino en media hora.

VIDEO CHAT

ANGE: Olaaaaaaa ¿Qué pasaaaa?

BRAYAN: Hola pu' Ange ¿Supiste que el profe lizardo se cayó de la escalera?

ANGE: Sí ohh, si caché, mala volá, sí, el profe ¿No hay sabido nada de él?

BRAYAN: No po' parece que el Camilo fue con unos compañeros a verlo.

ANGE: Hola, Camilo. Oye, ¿Y qué onda el profe?

CAMILO: ¿El Lizardo?

ANGE: Si po'.

BRAYAN: Oye, Ange ¿Ese profe te tenía buena onda?

CAMILO: Cachai que el loco cayó de la escalera ayer po'.

ANGE: Pffff, ese viejo, me anotaba por todo, igual cuática la hueá.

BRAYAN: La profe dijo que estaba en coma, todos rezando, la media cagá.

CAMILO: Sí po', si igual se pegó en la cabeza.

ANGE: Pero ondi. ¿Se resbaló? ¿Lo empujaron?

BRAYAN: Cuáticooo, mala volá, sí loco, no tienen el número pa' que lo llamen.

ANGE: No po'.

BRAYAN: Es que el loco está en coma.

ANGE: No sé, onda, yo estaba con mi amiga y la hueá me avisaron en la sala y la hueá po' y nosotras como pa' la caga con mi amiga po' y fue cuático, sí.

CAMILO: La profe Bety lloraba caleta.

ANGE: Más llorona la profe, pero el profe tan torpe.
CAMILO: Oye, Ange ¿y qué onda? ¿Van a ir con tu curso al hospital?
ANGE: No sé, quizás hagamos una cadena de oración y quizás que vayan los presidentes y los tesoreros, esas personas, yo creo.
BRAYAN: ¿Tú saliste de la sala?
CAMILO: Jajajajajaaj, Ange no seas mala hueón.
BRAYAN: Yo no caché estaba la cagá en el pasillo jijijijiji.
CAMILO: ¿Y qué onda? ¿Los dos no salieron de la sala?
BRAYAN: No caché.
ANGE: Mmm. Es que el viejo me tiene mala y no sé, es que tan hueón.
CAMILO: A mí siempre me pone buenas notas jejejeje.
ANGE: Porque te tiene buena no más po'.
CAMILO: La otra vez me regaló un Chocman jajajajaj.
BRAYAN: Oye Ange.
ANGE: ¿Qué pasa?
BRAYAN: ¿Mañana vas a clases? Me toca religión.
ANGE: Sí po' Camilo. Ese viejo a ti te tiene buena po' loco y a mi mala.
CAMILO: ¿Y por qué?
ANGE: A mí tecnología po'.
CAMILO: Es que vo' sos terrible.
ANGE: Miauuuuu, si soy tan matea joa joa joaaaaaa.
CAMILO: Mañana va estar la media onda en el colegio, capaz que no hagan ni clases jajajajaajajaja.
ANGE: Sí, ojalá nos den retiro.

CAMILO: Ya loco me voy a dormir. Ojalá que el profe no se muera.

BRAYAN: Chao cabros.

ANGE: Chao.

BRAYAN: Chao, Camilo.

ANGE: Reza por el profe.

CAMILO: Igual el viejo es piola.

ANGE: Ñaaaaaaaaauuuuuuu.

BRAYAN: Bien por eso.

CAMILO: Y mañana llega temprano, floja.

ANGE: Claaaaaaaaaaaaaaaaaro.

CAMILO: El viejo Lizardo los va a penar jajajajajaajjaaj.

ANGE: ¡Qué miedo!

CAMILO: Acuérdate que el loco hace religión.

BRAYAN: Ese sabeeeeeeeeeeee.

CAMILO: Tiene un pacto.

ANGE: Que son tontos.

CAMILO: Oye, Ange ¿Tu curso salió al simulacro o no?

ANGE: Y dale con la hueá.

12

- ¡BUENOS DÍAS, colega Bruni!
—Hola, Lizardo, parece que tenemos novedad.
—¿Pasó algo con la colega Rosa?
—No, hoy nos paga el sueldo don Samir.
—Buena noticia entonces.
—Mientras no llegue Samir no hay nada dicho.

- ¿Cómo está, don Marco, gusto en saludarlo, parece que hoy canta Gardel.
—Sí, don Lizardo. Parece que sí, no sé. Nelson debe tener más datos.

Y andan los tres con la cara larga, no andan con esa euforia

pedorrienta del día de pago, que en todo caso dura menos que un piojo en la uña. La risa se va con la primera cuenta. Parece que Chatino tenía razón cuando pelaba a ese Samir, el tipo parece que no es de los trigos muy limpios.

—¡Buenos días, señor Latorre!

—Don Lizardo, ¿Ya se instaló en la cabaña?

—Todo muy cómodo, impecable.

—Vamos a la sala, los alumnos esperan.

—Preparé una clase bien motivadora.

—¿Necesita algún plumón de pizarra? El proyector se lo dejé instalado.

—Tela adhesiva, dos tarros de pintura, uno azul y uno verde, un litro de acetona, dos brochas, una caja de petardos, seis neumáticos sin cámara, de camión mediano.

—Supongo que en la bodega debe haber.

—Don Lizardo, déjeme presentarlo y luego le traigo las cosas.

—Como usted quiera, señor Latorre.

—A ver, a ver, a ver, orden por favor, quiero presentarles a este caballero. Usted, joven. ¡Pare de empujar a su compañero! Y usted que tanto escarba el piso, no quiero ver a nadie con la cinta mal amarrada, usted no me ponga esa mirada. La otra vez llegamos a un acuerdo, sino no logran el auto sosiego les voy a poner una argolla de plomo en la

para. Ustedes ya son grandes, no están en cualquier colegio, no se olviden, ustedes deben ser los mejores egresados del Abelardo Taladriz. Aquí les dejo un profesor a todo lujo, don Lizardo Melgarejo, recíbanlo con la mejor de las voluntades. ¿Alguna duda, consulta o inquietud?

—Coco, coooo, pia, pia, pia, piapiapiapiaaaaa, coooo cooooooooo.

—Entonces los dejo con el señor profesor.

—Piaaaaaaaaaaaaa, co, cooooo, cooocoooooccco.

Buenos días jóvenes, mi nombre es Lizardo. Me siento muy grato de estar aquí, en esta semana intensiva. Si bien tenemos el reloj en contra, esto nos permitirá trabajar en base a un aprendizaje de colaboración, donde lo fundamental será valorar y reconocer el conocimiento desde una base significativa, es decir, que les sirva para la vida y para enfrentar el paso hacia la muerte, que como bien han visto en los niveles anteriores, no es una muerte en vano, ni vulgar, sino la conversión hacia un producto puro y perfecto. Destinado al paladar más exigente del planeta. Ustedes aprenderán haciendo, equivocándose, construyendo en conjunto una respuesta a todos los desafíos que plantearé como el docente guía que soy, un integrante más en el gran tejido del conocimiento. Y ahora vamos a lo nuestro. Como bien saben, y así lo han estudiado, en este nivel ejecutaremos, de manera entretenida, un simulacro del recorrido que ustedes harán en la procesadora. ¿Se entiende todo? Excelente.

Hoy nos corresponde la clase del Colgado y del Aturdido. Dos pasos, que por ser los primeros y los últimos que verán con vida, son necesarios tomarlos como un desafío de autocontrol y fortaleza individual al servicio del grupo y viceversa. La clase la dividiremos en tres dinámicas. La primera consiste en entrenarlos para que soporten o se enfrenten al vértigo de ver el mundo al revés y a la velocidad que la emoción del momento multiplica. Esta preparación es para cuando recién los sacan del carro y los instalan en el transportador aéreo. La segunda actividad tiene relación con los ataques de histeria, que posiblemente afectarán a más de alguno de ustedes ¿Cómo manejarlos? ¿Cómo lograr que estos instintos, para nada reprochables, no sean factores de agresión para el compañero de al lado? Y por último, para conocer la etapa del Aturdido, nos entregaremos a una fase de relajación integral que por varios minutos nos conectará con la esencia más pura de nuestro interior. Perdón, tocan la puerta.

—¡¡Uffff!! ¡¡Ayyyy!! ¡¡Puffff!! Don Lizardo, aquí le traje lo que pidió.

—Gracias, señor Latorre, déjelas en esa esquina.

—Abran paso, por favor, no quiero aplastar a nadie.

—Gracias, señor Latorre, si lo necesito lo llamo.

—Si mañana necesita alguna cosa anótela en un papelito y pásame lo hoy.

—Lo veo difícil, señor Latorre, yo planifico por día.

—Pero considere todo el tiempo que ha perdido.

—Señor Latorre, mañana, si quiere, vamos los dos a la bodega.

—No me refiero a eso, sé en que consiste mi trabajo.

—No me mal interprete.

—Espero que tenga una buena clase.

—Muy bien queridos pollos, aquí tengo seis ruedas de camión mediano. Son treinta y ocho. Formen cuatro grupos de seis y dos de siete. Cada grupo se meterá, con mucho cuidado, al interior de una rueda. Cuando estén todos adentro haré rodar las ruedas de un extremo a otro de la sala. Tendremos descansos de cinco minutos para comentar la experiencia, y luego seguiremos aumentando poco a poco la velocidad. ¿Están de acuerdo? Ahora a divertirnos ¡Métanse a las ruedas!

—Cooooooooo, pia, pia, pia, pia, cocoooooooo, pia, pia-aaaa, cocooooo.

—Vamos, no sean tímidos. Deben aprender a trabajar en grupo.

—Caaaaaa, coooooooooo, pioooooo, pio, pio, pio, pioooooo.

—De acuerdo, por esta vez les echaré una mano, yo mismo los voy a meter a la rueda, a ver, empezaré con usted, venga, que no pasa nada, no duele, relájese.

—¡¡Cooooooooooooooooo¡¡ ¡¡Cocococococooooooooo!! ¡¡Ca-aaaaaaaaaaaaaa!!

—Tranquilo. ¿Ves que no pasa nada? A ver tú y tú vengan conmigo, eso, metan primero el cuerpo y se quedan quietecitos. ¡No muevas tanto la cabeza! Ahora tú, así, así, cuidado con la patas del compañero.

—¡¡Coooooooooo!! ¡¡Cooooooooooooooooooooooooaaaaaaa!!

Pollos de mierda, los colegas los tienen acostumbrados a darles todo hecho, como si fueran una pizarra en blanco, no tienen iniciativa propia, se nublan con lo nuevo. Tendré que seguir, hay que motivarlos, voy a cambiar un poco la dinámica.

—Atención, atención, los otros grupos pongan atención. Observen a estos seis valientes, ya están adentro de la rueda. Ahora la giraré por toda la sala, observen y saquen conclusiones. Después les toca a los demás. Fíjense como dan vueltas. Cuando estén colgando patas arribas sus nervios tienen que ser de acero. Aspirar, soltar, aspirar, soltar. No se preocupen, la fuerza del giro hace que nadie se caiga. Ahora aumentamos un poquito la velocidad.

—¡¡Coooooooooo!! ¡¡Occcccccccccccc!!

—¡¡Aaaaaaacooooooooooooooooo!! ¡¡Aacococococooaaaaaaa!!

—No se asusten. ¡Vamos, mantengan el orden! ¡¡Si pierden el control ahora que estamos jugando imagínense lo que serán cuando les llegue el día!! Está bien, está bien, voy a frenar la rueda. Tendremos un descanso. Antes quiero

que le demos un aplauso al grupo, quisieron dar lo mejor, sino pudieron será para la próxima, lo importante es la construcción de una experiencia nueva. ¿No puede salir de la rueda? ¿Tienes ganas de vomitar? Aguante, aguante, aspire y suelte, aspire y suelte. ¿Te dio sueño? Déjame ayudarte. Todo el grupo a recuperarse en la colchoneta.

No sé como hacerlo, estos pobres pollos no dan pie con bola, no puedo bajar el nivel. Me salto la ronda de opiniones y entro con todo a la dinámica final. Parece que se calmaron, tengo que darles confianza. No es culpa de ellos que sean tan cuadrados de mente.

—Terminó el descanso, pongan atención. Como les decía hace un rato, la dinámica que viene ahora tiene que ver con la capacidad de respetar al otro hasta en las situaciones más difíciles. Si lo proyectamos a su realidad futura, en los últimos momentos del colgado, las sensaciones se exageran y se cae, muchas veces, en el pánico hacia lo desconocido. Esto genera sonidos guturales estridentes, aletazos y hasta picotazos. La reacción desmedida de uno solo de ustedes puede generar una cadena de violencia de consecuencias graves, como morir con el cuero herido o con los músculos agarrotados por el stress. ¿De qué forma esta dinámica les sirve para controlar esta reacción? Lo explicaré al instante: con esta pintura azul pintaré a la mitad del curso. Con esta

de color verde pintaré al resto. La idea es que todo el curso corra por la sala, pero sin toparse. Deben esquivarse unos a otros, la idea es que los azules no queden pintados de verde y los pintados de verde no queden azules. Para darle una dosis de tensión, y así se tomen con más seriedad la dinámica, yo reventaré estos petardos, simulando el estruendo de las máquinas y en cierta forma su estado emocional. Vamos todos por ese autocontrol. ¿Se animan?

—Coc, co, pío, pío.

—Entonces un brochazo para ti, otro para ti, este otro acá. Los que están pintados no se mueven hasta que yo dé la orden. No se preocupen, la pintura no causa irritación. Eso, un poco de azul por aquí, otro por allá. Además tengo acetona. ¿Quieres el verde? Muy bien, no quiero ver a nadie sin color.

No hacen nada nuevo, necesitan una experiencia anterior. Se quedan tiesos, menos mal que traje los petardos. Como si no tuvieran instintos, como si se cagaran medio a medio en Platón. Me falta ése, ése y esos tres que pintar. Espero que mañana estén más adaptados.

—Pio, pio, pio, pio.

—Comenzamos a la cuenta de cinco. Recuerden, nadie debe pintarse con color ajeno. Cuatro, tres, dos, ¡unoooo! Excelente, corran sin parar, no se toquen. Te manchaste, pero

sigue corriendo, tú lo estás haciendo muy bien, genial. Sigán, sigan corriendo, hay algunos muy rápidos, no se manchen, mantengan el control. Aquí viene otro petardo. Basta, basta, estuvo muy bien. Deténganse. ¡Nooo! Controlen esas fecas, con la muralla nooo. Calma, calma. Ya botaron las tensiones. Por favor ¡He dado una orden! ¡Deténganse! ¡La clase terminó. ¡Paren de correr!

—Permiso, profesor.

—Señor Latorre, écheme un mano ¡Se han vueltos locos!

—¿Pero qué pasa aquí? ¿Qué hizo con los alumnos?

—La dinámica. No se detienen. Siguen corriendo. No tienen disciplina.

—¡Y esos ruidos! ¡Qué les hizo! Por favor, le ruego que se retire.

—Todo iba bien, la clase.

—¿Y para esto eran los petardos?

—Yo le puedo explicar.

—¡Salga de aquí, profesor!

—Me falta la relajación del Aturdido.

—Don Lizardo, por hoy la clase terminó.

—Estaré en la sala de profesores.

—Tiene que hacer un informe, no se olvide.

El informe. Latorre no me tiene buena. Que no le llegue el cuento a ese Samir. Tengo hambre. Mañana me tomo

diez minutos y hago rapidito la parte del Aturdido. Sonó el timbre de salida. ¿Quién lo habrá tocado?.

—¡¡Hey!! Lizardo, ¿Cómo te fue en tu primera clase?

—Bien, Nelson, gracias. Estaban un poco fuera de forma.

—Jajajajajajaja, es normal, colega, se habían acostumbrado al relajo.

—Estoy segura, esos pollos saldrán bien preparados.

—Ojalá, Bruni, espero que mañana se acostumbren al ritmo.

—Cuando pasé por tu sala los vi bien metidos en tu clase. Les sacaste el jugo.

—Ojalá que al señor Latorre no le haya molestado mucho el ruido.

—No le haga caso, colega. Ese viejo está cada día más mañoso.

—Lizardo, tengo fideos con carne. ¿Almuerzas conmigo?

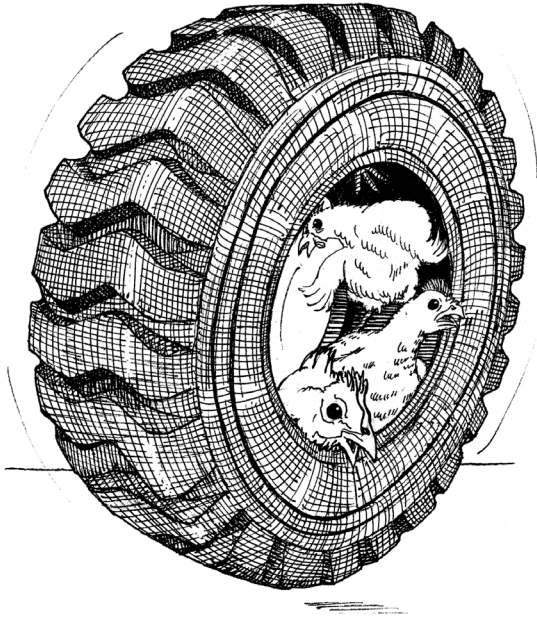
—No, te lo agradezco mucho Bruni, almuerzo en mi cabaña.

—Me quedó rico, jajajajaja. Yo no cocino mal.

—Quédese a echar el pelo un rato, don Lizardo.

—Gracias, don Marco, pero me voy a la cabaña. Que estén bien, nos vemos mañana.

¿Y qué bicho le picó a estos tres? Están más raros que pescado con hombros. Hace un rato estaban de muerte y ahora saltan en una pata. Seguro que ya les pagaron.



13

GLEND A COCINA muy rico. Me repetí el plato, le puse barandas, estoy lleno. A mi mami se le pegotea el arroz, los tallarines le quedan como el ajo. Pero en el pastel de choclos no le gana nadie. Le compré una moladora eléctrica, me porfiaba, no quería dejar su cacharro de fierro. Decía que con la Molinox el grano quedaba mal picado, que salía con hollejo. Si no es por la artrosis todavía estaría dele que dele con la palanca. La tontona de la Danixa no tenía idea de cocina, hacía puros revoltijos, no lavaba la loza, hacía tortas, los bizcochos le quedaban con papel. Mi mamá le tenía asco. Me dio sueño el guiso. Una siestecita y me levanto a planificar el Desangrado. Tengo que hacer el informe. ¿Cómo lo hago? Son las dos y media. Despierto a las cinco y me pongo a trabajar. No pude hacer más. ¿O a lo mejor sí? Me guié por el programa, siempre lo hago. Fijo que mañana

los pollos harán desorden, a uno lo tantean, lo prueban, si a uno lo ven débil a la primera, después no hay como pararlos. Pero no puedo cambiar, si mañana llego como perro rabioso es peor, después me ponen la chapa de viejo loco, y ahí si que sueno. Tengo que aguantar, convencerlos a la buena. El último esfuerzo Lizardo, a morder la jeta. Te han pasado cosas peores y nunca te han visto llorando, ni gritando en las reuniones de apoderados, ni pidiendo licencias por depresión. Claro que tiene un costo ser así, al final se termina podrido, no creyendo en nada, de pura suerte no tengo cáncer. Aunque también encuentran que soy un profe serio, apegado a las reglas, un tipo moderado. El *guatón* Abate decía que admiraba mi medida. Cuando me pasó el chascarro de los penes, recuerdo que me dijo: «Si me hubiera pasado a mí yo los reviento a combos» El pobre guatón no sabía que en el fondo yo estaba cuidando mi futuro. En ese tiempo yo era joven, disfrutaba de las flores. ¿Pero qué podía hacer? Con justa razón les había puesto un rojo a esos tres pinganillas del Cuarto F. Habían copiado una mierda de investigación, arrugada y escrita con lápiz verde. Me había quedado solo en la sala poniendo notas, cuando veo que los tres se paran frente a mí, y sin decir agua va se bajan los cierres y ponen sus penes frente a mi escritorio. ¿Qué podía hacer? No había testigos. «Yo se las reviento de un reglazo», me dijo el guatón. Pero yo tomé el libro de clases, lo abrí en la parte de las anotaciones, y por orden de pichulas comencé a escribir: «Siendo las once con cuarenta y cinco el alumno Fernández posa sus genitales en el escritorio del profesor,

posterior a esto lanza un chiste de alto calibre que termina en risotada. Siendo las once con cuarenta y cinco, el alumno Muñoz también dejar caer sus genitales en el escritorio y los bambolea por unos diez segundos en forma circular profiriendo cánticos insultantes extraídos de la barra brava de su equipo de fútbol. Siendo las once con cuarenta y seis, el alumno Zambrano aúlla como coyote y pasea sus genitales por el borde del escritorio, advirtiéndole al docente que él es que manda en el establecimiento».

¿Y qué hicieron ante mi frialdad? Los tres pinganillas se pusieron nerviosos y salieron disparados al patio. Al otro día faltaron dos. Le conté al director y me dijo que le bajara el perfil al asunto. Y así mil cosas más, y yo aguantando. Y los colegas admirando mi fortaleza. Por lo menos me sirvió para irme de ese lugar y ubicar mi medida, mi firmeza pedagógica en una local mejor. Ahora tengo que dormir, despejarme un rato. En la tarde me toca Glenda. Luego hacer el informe con medida, derribar al ejército de picos y pensar que hoy estuve bien, y como dijo la vieja Lucía: mañana estaremos mejor.

—Hola, Lizardo ¿Cómo estuvo ese primer día?

—Pasa, Glenda, mira, más o menos no más me fue.

—¿Son muy flojos?

—Se me hace más difícil enseñarle a un pollo que a un humano.

—La falta de costumbre, debe ser.

—Es que estos pollos no hacen nada por sí solos.

- Bueno, para eso estás tú.
- Quieren todo hecho, no construyen nada.
- ¿Te hicieron rabiar mucho?
- Se asustaron con la clase y más encima el inspector entró a la sala.
- ¿Te dijo algo Latorre?
- Yo creo que me agarró mala.
- Eso te pasa por creativo.
- Chatino me dijo que fuera innovador.
- Esos pollos no son malos alumnos.
- ¿Los viste en el comedor?
- La mayoría comió normal, pero parecen fatigados.
- No sé que hacer, tengo miedo, Glenda.
- ¿Y cómo lo hacen los otros profes?
- Les dictan, les muestran fotos, les pasan películas.
- Hace eso entonces, no te calientes la cabeza por las puras.
- Pero es que yo no sé trabajar así. Será peor.
- ¿Cómo es la cuestión? ¿Y qué pasa con eso del último esfuerzo?
- Voy a tener que moderarme, no quiero morir aquí, por una tontera.
- Ya olvídate por un rato ¿Te gustó el charquicán?
- ¡Uff!, me comí dos platos, hasta me dormí una siesta.
- Para mañana tengo pensado hacer una tortilla de jurel ¿te tinca?
- Glenda, tú eres la que manda, yo como no más jajajaja.
- Y con los profes, ¿tuviste buena onda?
- Estaban bien simpáticos, parece que les pagaron.

—¿Les preguntaste?
—No, pero en la mañana andaban con la cara larga hablando del tema, después estaban risa que se morían.
—No te metas en eso, Lizardo, ni si te ocurra hablar.
—Si a mí no me interesa.
—Más te vale.
—¿No le estarás poniendo mucho color?
—Me pagan por cuidarte, me caes rebien.
—Voy a escribir el informe, Chatino tendrá que entender.
—¿Y qué pasó con el lavado de loza? Yo ahora quiero cocinar.
—Jajajaja, linda cosa, se supone que es tu trabajo, Glenda.
—Eres bien inútil. ¿Te enseñó? Yo la hago cortita y eso que no soy profe.
—Tanto enredo por un plato y una olla.
—Lizardo, mete la mano al agua. Cuidado con quemarte, está caliente.

14

LIZARDO, ME gusta verte dormir, como un macho bien cumplido. Ahora por fin sabes lo que es un buen polvo. Y te lo regalé yo, tu manipuladora, tu Glenda. En la cocina me tocaste el culo con tu codo, fue casual, te tiré la esponja en la cara, con espuma, y te dio risa. Me burlé de ti, que no supieras secar un plato ya era mucho. Después de un beso me dijiste que no era mala idea acostarnos, que total nunca más no veríamos. «¿Y que tiene que ver eso tontón?», te dije. Sentado en la cama te quedaste, tiritón y sonriendo chueco, como el viejo sin brillo que siempre habías sido. Yo dándote un show de besos y toques, y tú ahí sentado, cerrando los ojos, entrando en tu pesadilla de niño chico. No soy bruja ni adivina, pero yo entré a ese sueño tuyo, a ese prado que era como una cancha de fútbol gigante, y donde estabas sólo y caminabas buscando algo en el cielo. Al principio

no había nada, ni colores, ni nubes, ni siquiera jotes. Hasta que de a poco todo se empezó a llenar de gente, todos con maletas, gentes que también buscaban algo en el cielo que se llenó de ruido, miles de gentes, y tú al medio, viendo como aterrizaba ese avión de pasajeros. Y todos corriendo a tomar el avión, vueltos locos, pisoteándose, con miedo a perder el pasaje. Yo te miraba toda triste desde la galería, no sabiendo que hacer, porque era la primera vez que estaba ahí, en tu pesadilla del avión. Corrías vuelto loco, y la voz de tu madre sonaba como tambor en tu cabeza, no entendías lo que te decía, y aunque hubieras querido escuchar, los gritos de todos y los motores no te dejaban más que un miedo, porque ocurriría lo de siempre, ya lo sabías, siempre en el sueño era así, la voz de tu madre te atontaba y te dejaba en la cancha, llorando, mientras el avión despegaba. Siempre despertabas vomitando un vacío conocido, un vacío que nunca era distinto en su tristeza. Pero ahora yo estaba ahí, muy sentada en la galucha, tu Glenda, tu manipuladora, sacándote la ropa, pidiendo que tus manos me tomaran con firmeza, apagando la radio que balaba una canción del pelotudo de Arjona, tratando de abrir tus ojos y correr por esa cancha, con tu mano agarrada, buscando por primera vez un cupo en ese avión. ¿Y la vieja de tu madre? Para espantar la mala vibra debíamos saber qué cosa te gritaba. Lizardo, conmigo no podías arrugar, no podías fallarle a tu Glenda, que besaba tu cuello como loca buscando calentura, cariño, una frase tuya que dijera: «Sí, Glenda, hoy quiero que me des el polvo de mi vida y me hagas volar». Tú y yo al medio



... OLVIDANDO EL CIELO Y ATACANDO LA CARNE

de la cancha, y de la cama, olvidando el cielo y atacando la carne, esperando a la gente, al ruido del avión aterrizando, al zafarrancho de todos por montarse en la máquina, y sobre todo esperando descifrar el grito de tu madre. Te pedí que no corriéramos, que te fueras lento, teníamos el tiempo de una pesadilla larga. Lo mejor era enfrentar a la vieja, y no escapar creyéndote el apollerado rebelde que al final, por anga o por manga, siempre quedaba en tierra. Las palabras de tu mami transmitían un mensaje más total. Las oímos cuando el ruido era imposible de hacerlas oír: «Hijo, no se te seca el ombligo y ya quieres estar en otra parte» ¿Cuál era esa otra parte, Lizardo? ¿Dónde habías estado todos estos años? En un agujero donde defendías tu soledad desconfiando de todos, una soledad falsa que te hacía huir de ti mismo y que al final era la nada. Esa otra parte, Lizardo, era estar en ese avión lleno de gentes, entregándose a ellas, reventándoles odio en la cara o amándolas con cero vergüenzas, pero viviéndolas, viviéndolas hasta que cansado de tanto vivirlas volvieras a estar solo, pero en una soledad libre, con despertares dulces, como el que me diste ayer a media noche, cuando abriste los ojos y me montaste y me acabaste como el joven que nunca estuvo en ti.

PRIMER CONCURSO DE CUENTOS PARA PROFESORES DEL MAULE

Lugar: Primera mención honrosa.
Cuento: La Cucaracha Previsora.
Autor: Gabriel Torres Becerra.
Seudónimo: Aleph.
Establecimiento: Escuela Básica España.
Comuna: Linares.
Ciudad: Linares.

LA CUCARACHA PREVISORA

Para el colega Lizardo

Después de la explosión, una seguidilla de temblores dio paso al silencio. Las cucarachas, de todas las cloacas y detritos del barrio, salieron presurosas rumbo al basurero mayor. Se convocó a un cabildo abierto. Virginio, la cucaracha moderadora pegó un silbido y señaló a la multitud: «Queridas compañeras, como hemos visto, la humanidad se ha reventado. Quedan algunos pataleando, pero pronto morirán». Una joven a punto de soltar sus huevos preguntó: «¿Pero es verdad que no corremos peligro?». Don Rómulo, que hacía de vocero, contestó para la masa y en especial para la joven: «Cómo bien saben, nosotras las cucarachas tenemos una reproducción muy rápida ¿Acaso no se acuerda, señorita, de los siete penes de su macho? La chica, de la vergüenza pasó a compartir las risotadas. Gino, el volado pintor de cucarachas obesas, sorprendió a todos con una pregunta al hueso: «¿Y es verdad que somos tan resistentes a la radiación

nuclear?». Tomó la palabra el licenciado Gacitúa y se lanzó con una perorata acerca de la conformación exoesquelética de la especie. Luego pasó a detallar las virtudes de tener una maquinaria de reparación de ADN tan eficaz. Cuando el licenciado entró en el genoma y sus cuatro copias por célula, un grupo lo interrumpió a coro: «Entonces, ¿somos inmortales, licenciado?». El licenciado sacudió sus patas y se tomó de la pregunta para cerrar el cabildo: «Bueno, camaradas, sólo la vejez o una desgracia nos puede quitar la vida, pero ya no tenemos mata plagas y hay un mundo entero para devorar. ¡Qué comience la buena vida compañeras!».

Un acorde sibilante de alegría fue lanzado por el mar de cucarachas. Todas con el pecho rebosante de aventuras por venir. Todas, menos la cucaracha Karloto, que se retiró sombría. Algo la turbaba y no le cuadraba en el suceso. Al entrar por las calles de su barrio sintió la vibración de un puesto de salchichas trituradas, la vibración de un palomo calcinado, la vibración de un humano con sus tripas en el fango. Karloto se dijo: «Engordaremos como chanchos, pero eso no es problema. Me inquieta que no sepamos ahorrar, y este olimpo ilimitado me parece mal augurio».

Llegó a su casa, el tacho de una carnicería equina. Compartía el piso con cuarenta y siete machos jóvenes, inquietos, pero tolerantes a su carácter algo esquivo. Karloto entró a casa. Intentó dormir. No encontró a nadie. Sin embargo, y pese al silencio, no podía sacar de su mente el derroche que se avecinaba. Una farra sin ningún poder regulador. Nadie controlando la administración de los recursos alimenticios. O la sobre población, que tarde o temprano las haría sentir

como esa plaga caníbal que siempre habían detestado ser. «Soy una cucaracha como todas, y no me siento especial por sentir esto. No cambiaré el curso de la historia, pero debo hacer lo que mi duda exige», se repetía sin lograr dormir. Lo hizo bien entrada la noche. Varias de las hospedantes llegaron al tarro a seguir con la parranda. Locas de borrachas, prendidas por comerse una pechuga de pavo y seguir libando hasta caer. Karloto despertó al mediodía y planeó su destino: «No les diré la verdad. Creerán que me fui cabreado por lo de anoche y lo entenderán. Más ahora, que hay mucho espacio para vivir solo».

Karloto preparó un bolso y emprendió ruta. Le sorprendió que siendo las tres de la tarde, los patios, callejones y arbustos, presentaran tanto movimiento: «Por miles de años hemos vivido bajo la sombra de las grietas, y ahora, a plena luz, las costumbres se retuercen como nada». Mientras caminaba presenció como un grupo de cucarachas engullía un saco de alimento para perros y luego se metían las patas a la boca para vomitar a la romana. Luego encontró a una turba haciendo competencia de gargajos achocolatados. Hasta las cucarachas ancianas sacaron sus sillones y salieron a probar los rayos gama. Se sintió ajeno, repulsivo a toda diversión. Sintió rabia de sí mismo, de no evolucionar junto con los nuevos tiempos. Respiró profundo, pensó que buscar el origen de su tara era una empresa fútil para un futuro que venía cargado de tareas por hacer: «Me queda confiar en mi temor. Sería fácil abrir mi corazón con los otros y jugar al profeta trastornado. Sería una tonta útil, pieza clave en la confirmación social de un tiempo negro que olvidar. Nece-

sito un espacio cerrado». Entre murmullos le hizo el quite a una pareja copulando arriba de un bototo. Sus antenas alcanzaron a captar la secreción de feromonas esparcidas por unas nenas. Pero también evadió el ritual. A pesar de su erección y las burlas de unos chulos que lo trataron de marica.

Así, tanto andar y andar, Karloto encontró en los extramuros un gimnasio en ruinas, y en él un casillero aún en pie. Desempacó sus microbios y luego, para darle un toque personal, embadurnó con caca fresca las paredes. Exclamó: «Esto es lo ideal, un lugar con cuatro repisas donde almacenar, rendijas con buena panorámica, y una cancha de cemento como antejardín. Para la hora soñada, esa que no debe marear mis ansias cuando aún no tengo nada. Pues si alumbro al enemigo con mi afán, será tanto su orgullo contenido, que a sabiendas de su error y derrota preferirá morir antes que agachar el moño».

Desde aquel momento la vida de Karloto fue dormir de noche y recolectar de día. Apenas despuntaba el sol, Karloto recorría las calles desoladas en busca de comida. Durante tres meses cargó el manduque en su lomo, si era muy pesado lo empujaba con la cabeza. Muchas veces desmayó de fatiga en el trayecto. Construyó un carrito de alambres y aumentó su ambición. Potes de pegamento, trozos de cuero, pedazos de madera, bolsas de azúcar y hasta un cráneo de hámster para decorar. A los siete meses Karloto sufría de un severo daño cérico lumbar, pero contaba con dos repisas y media llenas.

Movido por la calentura, Karloto salió una noche a buscar un culo al barrio. Pese a sus achaques se adentró en un mar incontenible de cucarachas apiñadas, devorando pantalones,

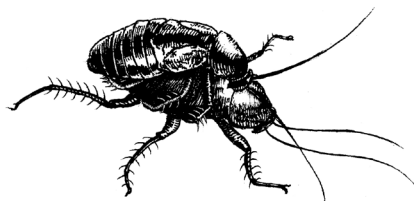
ratas secas, neumáticos, bailando con la música de un DJ empotrado en una caja de galletas. Entró con su chica a una lata de cerveza. Ella subió a su espalda. Él encajó sus genitales. Cuando ella se bajó y se volteó para completar la tarea le dijo en un silbido amable: «Tu calentura está en otro lugar, en un abismo que yo nunca saltaré». «¿Hasta cuándo durará el goce?, le preguntó Karloto. Ella le dijo que le quedaban dos minutos. Karloto echó una carcajada, acabó con furia y salió del tarro. Arrojado por la placidez caminó entre fantasmas chocarreros. Por unos minutos probó el sabor de una alegría sin culpas, el instante de un bello paraíso en cada uno de sus días muertos. Reflexionó: «Estoy feliz, descargué mi cuerpo, buena excusa. En el fondo es una trampa para llegar más rápido a mi casa y sentir ese otro alivio, el de haber contribuido a traer más cucarachas a este mundo y apurar la llegada del gran día, ese gran día en que los hambreados sin conciencia escriban con su llanto mi lección».

Y así volvió a su tristeza y a su cama. De nuevo a despertar con su rutina. Al décimo mes sólo le faltaba media repisa por llenar. Tenía chicles, caramelos, una pata de muñeca, carpetas, guantes, una bolsa de suero y un desgarró en su lomo que acabó por ser tenaz. Una grieta leprosa se trazó cruel y punzante por su tronco. Siguió con su trajín infatigable, pero al llegar por la tardes ya no tenía fuerzas para comer. Hinchada de líquido, quebrada de fiebre ante el dolor, Karloto era un lodo, y ni siquiera un lodo ya seco, sino un lodo aún húmedo donde todavía se movían las ganas de seguir almacenando. Uno a uno los resortes de su voluntad se fueron aflojando. Los últimos viajes al barrio sólo fueron

en su imaginación. Siguió disparando ideas: «Miramos, pero sin ver. Nunca lo veremos, pero eso también es ver. Nos comeremos el uno al otro, cada uno en su rincón y yo estaré aquí para volver al principio». Recostada en una bolsa de té, la cucaracha Karloto se entregó plena a su delirio.

No supo de la llegada de una tormenta, que con furia azotó por semanas al casillero. Las repisas comenzaron a ceder, Karloto quemó el último cartucho de palabras: «¡No daré sermones sino ejemplos. Me quieren robar y no saben que yo continuaré la moraleja. Soy la cucaracha previsora, adiós cigarra, adiós hormiga!»

Nunca se supo si fue esa noche cuando Karloto perdió la cabeza. Pasaron unas semanas y una pareja de cucarachas escolares encontró un cuerpo aplastado bajo las repisas de un casillero repleto. Le intentaron dar los primeros auxilios, pero ya no había caso. Les dio asco ver la cabeza de Karloto flotando en una poza, pero tenían un balón con que jugar. Con un silbido llamaron a sus compañeras y armaron un partido de fútbol. Cuando se cansaron les dio hambre. A uno de ellos se le ocurrió sacar un chicle que había en una de las latas, pero todos los demás le gritaron a coro: «No seas malo, más respeto, ¿no ves que el cuerpo del viejo todavía patalea?».



15

—BUENOS DÍAS, don Lizardo, veo que ha llegado atrasado.

—Lo siento, señor Latorre, anoche no pegué un ojo.

—¿Algún problema en la cabaña?

—Lo que pasó ayer en clase. Quedé muy preocupado.

—El señor Chatino lo está esperando para el informe.

—Voy enseguida señor Latorre.

—Páseme la planificación de hoy. Necesito ver los materiales que necesita.

—Mire, la tengo en este pendrive, se la imprimo y se la paso.

—Ojalá no pida tantas cosas como ayer.

—Necesito un micrófono con amplificador, bolsitas de nylon, elásticos y varios sobres de salsa de tomates.

—Falta poco para empezar la clase, si quiere yo le entrego el informe al señor Chatino.

—No, no, por ningún motivo. Yo voy volando, no me demoro nada.

—Pasa, Lizardo. Cierra la puerta. Mira, huevón, se supone que entre nosotros hay confianza, ayer hiciste puras huevadas, y por favor no me mires así. Desperté con esta cabeza de chanco por tu culpa. Ayer Latorre se quedó hasta la hora del ñaflé limpiando la sala, le costó un kilo calmar a los pollos. ¿En qué habíamos quedado? Lo importante es pasar piola, hacer bien el trabajo, pero que nadie note nada raro. O sea, súper bien hacer una clase entretenida, pero sin tanto escándalo ¿Me entiendes? Lo importante aquí es pasar piola. Igual tuvimos suerte que ayer no llegará el bolas de Samir, sino le tiran todo el cuento y deformado. No te gastes en tanta maroma, Lizardo. Trata de matizar, recuerda que estos pollos tienen que salir equilibrados, no lo olvides. Me extraña, Lizardo, que tú, zorro viejo, te engrupieras tanto con el Constructivismo. Olvídate por un rato de Vigotsky, de Ausubel, si al final esos locos no aportan con una teoría coherente, con suerte te dan un marco explicativo. Aquí tengo el último libro de Ferradi Zavala, *Los errores de Constructivismo*. Si quieres lo llevas. No sé si tienes algo que decir, Lizardo, no quiero ser monotemático, supongo que en tu informe te defiendes como gato de espaldas.

—Recién ahora, ahora que no quiero más guerra, recién ahora, después de veinte años, alguien me dice que entendí mal la teoría constructivista, que me olvide de Piaget, y que

sea equilibrado, que lo tome con Andina. ¿Me permites tutearte, Omar? Cuando tú estabas en cuarto o quinto básico, por ahí por el noventa y tres, empezaron con esto de la nueva Reforma Educativa. Ya con Pinochet nos habían vendido una reforma, pero todos sabíamos que era una pillería para que el ministerio se sacara el cacho del financiamiento y la administración, y de paso le diera chipe libre a los sostenedores privados, la mayoría unos huasos de mierda que apenas sabían leer. Claramente en ese tiempo nadie dijo nada. Pero con esta nueva reforma en democracia todos se creyeron el cuento. Para que nos empoderáramos de toda esta nueva mirada educacional que se venía, el Ministerio empezó a mandarnos profesores de todas las universidades, tipos súper a caballo en el tema de la equidad, de la calidad docente, del currículum, de la didáctica, de la sicopedagogía, de la sociología escolar, de la antropología cultural en el aula. Al principio los profes no estaban muy contentos, porque tanta charla y tanto seminario hacía que llegaran fulanos a despacharse unas tarreadas que duraban horas, y que eran cosas que sabíamos todos, pero que con tiza y pizarrón quedaban en las puras intenciones. Cuestiones como que los aprendizajes tenían que ser reflexivos, que los cabros no eran una pizarra en blanco, que constantemente teníamos que estar innovando en nuestras dinámicas, que con la mera experiencia no bastaba, con lo innato tampoco. Había que ser un constructivista. Ahí no faltaban los colegas que paraban el dedo y se ponían a alegar, se sulfuraban, la lengua les quedaba crespada de tanta cháchara y café con galletas. Las

charlas se alargaban otra hora y media más. Pero los sueldos empezaban a subir un poco y llegaban las pasantías a España y Francia. Volvían los colegas llenos de fotos y regalos. Me acuerdo de uno que se fue a Singapur, como gracia contó que estuvo los dos meses encerrado en el hotel, fascinado con el tenedor libre el muy huevón. Ya parecía que ese constructivismo no era tan malo. Ahí cacharon la papita, no había para que matar la gallina de los huevos de oro. A troche y moche los gobiernos comenzaron a despachar millonadas. Las escuelas presentaban sus proyectos a concurso. Con un poco de identidad local por ahí, una visión tecnológica por acá, otro tanto de tecnicismo por allá y unas buenas movidas del director con algún diputado el proyecto se ganaba. Todos felices. Era necesario, siempre lo había sido, pero había que ocupar los recursos, no dejar que las cámaras de video o las guitarras eléctricas se oxidaran en la bodega. Así éramos, no las queríamos usar por miedo a que se echaran a perder.

Pero había que seguir aprendiendo, para así enseñar mejor, era parte del proceso. Con buenos cursos en los veranos, con potentes diplomados, con sendos magísteres. Los alumnos tenían que aprender haciendo: «hágalo usted mismo, yo soy el guía que vigila tu fracaso». Descubriendo por sí solos el saber, había que matar al viejo memorión y hacer nacer al nuevo constructor chileno de la patria. Pero sin memoria, ese era el truco de los nuevos tiempos. Ese era el complot, mejorar la olla, pero sin que nadie recordara mucho a la gente muerta, a los desaparecidos, a los torturados, a lo distintos a mí, que no se callaron y que murieron en la

rueda sin que a nadie le importara una callampa.

Después el diablo nos agarró de las mechas y nos aplicó un constructivismo sin regalos. Había que profesionalizar el paradigma. Así que vamos mierda haciendo planificaciones por año, por semestre, por mes y por día, vamos ocupando la mitad de las vacaciones en confeccionar pruebas y guías, vamos haciendo un portafolio para el supervisor, que con cámara en mano nos grababa desde el fondo de la sala.

Ni siquiera ahí, nadie pidió ni habló del equilibrio. Había que ser constructivista y se acabó. Con los años varios recibimos la excelencia académica, pero nadie nos habló del equilibrio. Sólo ahora lo haces tú, Chatino, ahora que no sé cómo cambiar.

—No te queda otra, Lizardo, sino cambias te mueres, es la ley de la vida.

—Disculpa la confianza, lo tenía que decir, por lo menos una vez.

—No te calientes, Lizardo, hoy partimos de cero, yo confío en ti. Ándate a la sala.

—Omar, espero que esto quede entre nosotros.

—Tranquilo, Lizardo, ya me olvidé.

—Hoy haré una clase más tranquila, Omar.

—Los dos tenemos un acuerdo, pero por favor te pido que no me tutees más, tú sabes, cuestión de jerarquía.

16

BUENOS DÍAS alumnos, sería fácil para mí no hablar de ayer, y hacer mi clase como si nada, pero debemos rescatar lo positivo. Ayer se enfrentaron a sus miedos más elementales, algunos resistieron, otros, los menos, fatigaron su siquis y su cuerpo. Sin embargo, puedo decir que cumplimos el objetivo y espero de corazón, que cuando estén colgados y aturdidos en el transportador, reactualicen la experiencia para mejorar. Hoy nos toca la clase del Corte y Desangrado, quizás la fase más oscura del proceso. Ante esto no hay estrategia que sirva para evadir el dolor, pero sí podemos mitigar el sufrimiento. ¿De qué forma? Tomaremos como opción trabajar la máxima elegancia en la agonía. La idea es darle, a su último suspiro, un estertor prístino y gallardo. Es decir, la meta es que puedan despedirse con la mejor sonoridad. Para eso traje estas bolsitas de nylon. Las rellenaré con salsa de tomate, luego se

las colgaré en el cogote y con este clavito las reventaré para simular la sangría. En ese momento, y en forma individual, les acercaré este micrófono y ustedes declamarán su despedida. Antes les mostraré el siguiente video. Escuchen y miren atentos la pantalla, por favor. Como pueden ver, aquí en el transportador aéreo los pollos Taladriz dan siempre lo mejor de su expresión oral. Fíjense en la contención del aliento, en el ritmo acompasado y certero de ese alumno, pongan oído al que está penúltimo en la hilera, libera una melodía más gutural, pero no por eso menos sutil. Con estos les quiero decir que no hay un estertor estándar, pues eso sería barrer con sus individualidades. Lo que hay son parámetros que nos permiten, a través de la impostación oral, llegar a un sonido acorde con su calidad estudiantil. ¿Alguna duda antes de apagar el video? ¡Uff! Hoy andan muy callados. Voy a rellenar las bolsitas y comenzamos.

Debería haber pedido hilo, en vez de elástico. Son tan delicados estos pajarracos, capaz que reclamen. No creo que sea para tanto, la salsa no es pegajosa. Tiene razón Chatino en eso de pasar piola, total, si Latorre siente boche por último va escuchar algo agradable. Mejor les reviento la bolsas con la uña.

—Muy bien, terminó el descanso. Sí, tú serás el primero. Vamos a ponerte la bolsita en el cuello.

—Pia, piaaaa.

—No seas alaraco. Esto no duele.

—Cooj.

—Imagínalo, siéntelo, estás a punto de ser degollado. Te sientes nervioso, con ansias de que todo sea rápido, algo nos quieres comunicar en ese salto al vacío, en esa conversión que hará tu ser. ¡Ahora liberas tu sangre! Un canto al amor, un canto al saber. ¡La excelencia Taladriz! nos regala la última expresión.

—¡¡piooooooocoooojjjjooooooooocccc!

—Muy bien. Excelente. Maravilloso. Partiste un poco plano, pero esa inflexión en la mitad, ese «occccc», me llevó a percibir un gesto rotundo, de asombro y liberación extremo. Sin duda aprobaste con distinción máxima.

Así es, queridos alumnos, yo en mis tiempos de juventud fui el locutor estrella de mi instituto. Animé las ceremonias de aniversario, las graduaciones, los seminarios. Al principio no entendía porque siempre me lo pedían a mí. Hasta que un profesor me dijo que yo tenía una impostación natural en la voz, o sea, conseguía sin esfuerzo mantener la palabra por más tiempo que el resto de mis compañeros, sin fatigarme, matizándola con amplitud en un grado óptimo. Fue la primera vez cuando escuché el término impostación de la voz, que por cierto es algo que se trabaja, se perfecciona y por ende se mejora. Eso es lo que intentamos con esta dinámica ¿comprenden? En honor al tiempo vamos a ir

17

«¿Y A mí, Lizardo, qué me ocultas?» Era la pregunta de Glenda, que yo no sabía responder, hasta ahora. Ahí está mi mentira. No le diré que camino a la cabaña me fui por el bosquecito, pasé el puente, por los litros y maquis y vi en la orilla del canal los restos del zorro. Me acerqué. Ya no estaban los caranchos ni los jotes. Del montón de huesos, de los pocos pedazos de cuero, que aún le quedaban en el cráneo, salió un enjambre de mosquitos. Un vapor fantasma, con olor a fruta podrida me asaltó. Era Lucio Calquín, el montón de caca. Me pidió conversar. Lo hicimos.

—Hola, Lizardo, te olvidaste que yo amo a Glenda.

—No he visto nada raro en la bodega, Calquín.

—Te acostaste con ella, me jugaste chueco.

—No sé de que hablas.

—Recuerda que soy síquico. Te advertí que no cayeras

en su trampa.

—Glenda se ha portado excelente, ha sido la única compañía.

—Lizardo, ¿sabías que los jotes son monógamos, menos Glenda?

—No lo sabía, no entiendo, no me jorobes.

—Glenda te ha convertido en un jote y no te has dado cuenta.

—Estás loco, Calquín, por lo menos sé más directo.

—Que te has comido a la carroñera más grande de Acá.

—Con razón Glenda no te puede ver, eres como el perro del hortelano.

—Lizardo, no lo digo por los tipos de la bodega.

—No comes ni dejas comer.

—¿Te ha contado cómo llegó al colegio?

—¡Córtala con el cahuín!

—Glenda es un jote traicionero, por culpa de ella no podrás jubilar.

—Estás hablando por la herida, Calquín.

—No dejes que te desvíe de la meta, piensa en lo de anoche. No es casual.

—¿Y qué ganas con decirme esto?

—Que Glenda tenga un viudo menos que llorar.

Lo dejé hablando solo. Llegué a la cabaña y me comí un pan.

Son las seis de la tarde. Tengo la planificación y el informe listo. Ojalá Glenda llegue luego. Hay algo que le tengo que ocultar.

EL PADRE

Lizardo, así es la vida, resbalosa como piedra de río. Tienes que agarrar el toro por las astas. Si le pones tinca al estudio sacarás una profesión. Tiene que ser una pega estable y cuidarla mucho, para que no estés pelando el ajo como esos gañanes que andan con el chuzo y la pala, mendigando unas chauchas por un pencazo de vino. Lizardo, por eso hay que cultivarse, sino a uno le queda el cerebro carcomido por el microbio de la ignorancia. Hay que ser empeñoso, meticulado como el Albert Einstein que inventó la bomba atómica, como Cristóbal Colón que no le hizo caso a los monstruos marinos, como el Arturo Prat que de un salto le dio la zumba a los cholos.

Yo he hecho carrera en el correo, y siempre fui y soy destacado. Me queda poco, me iré con la tarea cumplida. Empecé haciendo los mandados y ahora estoy de jefe de personal. Mira esos diplomas, Lizardo, todo con trabajo y buenos modos. Si hubiera tenido más oportunidad podría haber sido un ingeniero o un profesor, pero también si me hubiera sentado en los huevos sería un pobre y triste vagoneta. Pero aquí estoy, con casa propia y con comodidades para ti y tu mami, su frigider, su lavadora, su juguera. Se lo merece por andar afanando todo el día, pasando rabias por tu culpa. Ahorrando hemos surgido de la nada. Salir de la pobreza no es fácil, yo lo sé muy bien, Lizardo.

Yo tendría poquito menos de tu edad, unos diez años, cuando a mi taita le quitaron la casa. No sé si fue por deudas, o por unos líos de animales. La cosa es que de rompe

y raja tuvo que mandar a mi madre y a mis dos hermanos a Hualañé. Llegaron donde una tía medio viejona que hacía quesos. Yo me quedé en Boyeruca con él. Yo, la cascarría más chica me quedé con él. A medio morir saltando nos fuimos al terrenito de un patrón amigo. Con unas tablas de allá, con unos latones de otro lado, armamos una rancho y nos instalamos. Mi viejo ni a palos se iría de Boyeruca, ni a Llico, ni a Duao, menos a Hualañé o Licantén. El viejo era salinero, trabajaba en la laguna apaleando sal, en el debarre, el llenado, en la salitrada. Toda la vida. Nacido y criado en la zona. Ahí estaba su mundo, y seguro que creía que no había otro.

Lizardo, en Boyeruca yo andaba en los cerros, puro chijeteando, cazando pájaros, conejos. Con los pelusones jugábamos en los litros sacando maqui. No habían veraneantes como ahora, ni caminos, puras huellas, caseríos huachos. Con mi padre nos levantábamos de mañanita. Él partía a los corralones y yo me iba a la escuela, me quedaba a media legua caminando. En invierno con el barro hasta el cogote, en verano con la cara como jaiba. Pero yo no soltaba mi cuaderno. Yo llegaba atardeciendo a la rancho, bien comido, en la escuela daban todo. El viejo trabajaba como burro, pero hay que decirlo, le daba duro a la chupeta y al naipe. El vicio lo tiraba abajo, le comía todo el jornal. Bueno, en algo tenía que distraerse en medio de tanta soledad. Pero se le pasaba la mano, y sin mujer ni tantas crías, se cebó sin remedio.

El viejo siempre llegaba tarde en la noche. Cuando llegaba como tagua no era odioso y trataba de no hacer ruido. Pero a veces llegaba como penca y chocaba con la puerta, a trastabillones tropezaba con un cajón, le pisaba la cola

al perro. Un puro escándalo armaba ese viejo. Al ratito se echaba a roncar. Ahí yo me levantaba y apagaba las velas. Le ponía una en la mesa y la otra al lado del catre. Le ayudaba a no aporrearse tanto. Era como una rutina, dormir, despertar con la llegada del viejo, hacerme el dormido, esperar a que roncara, levantarme y apagar las velas y de nuevo a dormir. Se me hizo costumbre cuidar así a mi viejo. Al otro día yo de vuelo a la escuela, mi viejo de vuelo a la salina.

Así fue la vida por un tiempo, hasta que pasó la desgracia.

Un día, la señorita profesora que se llamaba Vitalia, llegó a la sala con una maletita. Nos dijo que eran lápices de colores. Cuando empezó a repartir las cajitas dijo que eran de regalo. Me quería morir de contento. Enseguida la señorita Vitalia nos dio la tarea de hacer un caballo y luego pintarlo. Yo agaché la cabeza y me puse a dibujar. Al principio el caballo parecía chancho, después tenía pinta de perro. Le alargué la patas y el cogote y quedó bien pirulo, con montura y orejeras. Agarré los colores y me puse como diablo a pintar. Cuando le entregué el dibujo a la señorita abrió los ojos, levantó la hoja y le mostró mi caballo a todo el curso. Ahí fue cuando dijo: «¿Niños han visto alguna vez un caballo así?». Vieras tú, Lizardo, como se reían esos pinganillas. Y con razón: mi caballo tenía las patas azules, la cola era roja con verde y el lomo amarillo. Ni te hablo de los árboles y el pasto y los cerros. Llenos de colores. No paraban de reírse. La señorita Vitalia era buena gente, pero estricta. Me dijo, que si no quería un Uno mañana tenía que traerle un caballo, un pato y un conejo, pero pintados como eran de verdad.

Esa tarde llegué a la ranca, prendí el brasero, me comí

un harinado y me puse a dibujar. El caballo me salió altiro, el pato parecía pollo, pero el conejo se me fue en collera. No me quería salir, lo borré como diez veces, cabreado, pero con miedo al Uno le puse empeño hasta que lo terminé. Tarde ya sería, cuando llegó el viejo y me pilló despierto. No venía tan borracho, me quedó mirando raro y se fue a tirar al catre. Pinté el caballo, el pasto, los cerros y empecé a cabecear. Con el pato no quería más guerra y todavía faltaba el conejo. Pero había que ponerle empeño.

Lizardo, esa noche me quedé dormido y no apagué las velas. Yo me acuerdo. De pronto veo que el viejo me toma de un ala y me larga de un empujón afuera. La rancho se prendió de un guaracazo. No pudimos hacer nada. Quedamos con lo puesto, mirando los palos quemados. Yo tiritaba de nervios y el viejo no me hablaba. Yo quería que se despicara conmigo, que me diera una pateadura, pero el viejo no decía nada. Estaba como ido. De amanecida llegó un vecino, nos pasó unas mantas y comida. Recién ahí mi viejo se animó a pararse y a escarbar los rastrojos. No me dejó acompañarlo. Fue con el vecino. Con un rastrillo y una pala despejaron los carbones que humeaban como condenados. De lejos se veía, ni una olla se había salvado. Pero el viejo seguía escarbando los tizones. Hasta un par de chuchadas le tiró al vecino, cuando este le dijo que se quemaría las patas por las puras. Pero el viejo era porfiado. Del humo sacó una caja de lata achurrascada. Cuando pudo abrirla se arrodilló y se largo a llorar. Se le habían quemado todos los billetes. Estuvo un buen rato con la cara en la tierra. Cuando levantó el cuerpo me llamó. Ahí fue cuando me dio un miedo que

nunca más sentí, me largué a correr por una loma. Enrabiado y con pena le alcancé a escuchar al viejo: «¡Rucio, búscate un trabajo, ya no puedo mantenerte!».

Yo era un hombre cuando lo volví a ver en su entierro. Después del incendio el viejo nunca levantó cabeza.

Así fueron las cosas. No me fui a Hualañé ni a Licantén. Me las rebusqué y me fui de mozo a un molino en Curicó. Terminé la escuela. La familia Gallardo me allegó en su casa. Siempre trabajando, haciendo caso en todo, nunca dándomelas de macanudo. Porque la vida es resbalosa como piedra de río, Lizardo, y no hay tiempo de pensar en caballitos de colores.



18

—OYE, LIZARDO, ¿No te gustaría aprender a hacer un arroz primavera?

—No, me da flojera, seguro que lo quemó.

—Los tallarines son fáciles, el saber no ocupa lugar, profe.

—¿Cómo estaban mis alumnos?

—Comieron bien, como siempre, nada raro.

—Glenda, tengo hambre.

—Tú andas raro. ¿Te salió mal la clase?

—Todo bien, impecable. Chatino tenía la cabeza como chancho.

—No es tan grave. ¿Se molestó mucho por la clase de ayer?

—Me hizo hablar de más. No quiero equivocarme en tonteras.

—¿Y qué puede salir mal?

—No hice la planificación, el informe lo tuve que dar

oral, me da miedo dejarme llevar por el relajo.

—A ver. A ti te pasa algo raro.

—Nada. Me vine por el bosquecito ¿Te acuerdas de los jotes que vimos comiéndose al zorrito?

—Algo me acuerdo. ¿Qué tiene de raro eso?

—¿Sabías que los jotes son monógamos?

—¡Córtala con los jotes! ¡Déjalos tranquilos!

—¿Tanto te molestan, Glenda?

—¡No te das cuenta que hago la comida!

—Y después el raro soy yo.

—Termino y me voy, no estoy para huevadas.

—Lo siento, tampoco es para llorar.

—Lizardo, mira este recorte de diario, siempre lo ando trayendo.

—No sé qué decirte. ¿Todavía te buscan?

—El asunto quedó ahí, murió. Si tampoco maté a nadie.

—¿Pero todavía te hace daño el tema? ¿Con tanta culpa quedaste?

—¿Tú dices que me estoy castigando estando aquí?

—Estás alimentando pollos.

—Nada que ver, fue una coincidencia. Chatino me recogió en la carretera.

— ¿Por qué tanta pena entonces? ¿Para qué llevar ese recorte en el bolsillo?

—No sé, supongo que es para acordarme que por meses anduve arrancando de nadie y que a nadie le importé.

CONMOCIÓN LOCAL

VENDÍA CARNE DE JOTE POR POLLO

DECENAS DE PERSONAS LA CONSUMÍAN SIN SABER

De acuerdo con la información proporcionada por la policía, esta comerciante de «pollo» colocaba su mesa cerca de los puestos del mercado y vendía la carne de jote a la gente de escasos recursos, que confiados buscaban una comida preparada y rápida.

El ilícito fue descubierto cuando dos oficiales, en un recorrido de rutina, descubrieron el fin de semana pasado, que esta mujer tenía encerrados a tres jotes en una bolsa de basura gigante.

Según versiones de los transeúntes y de los vendedores establecidos, todo comenzó cuando los jotes, que estaban sufriendo de un inmenso calor dentro de la bolsa de plástico, abrieron un hoyo en ésta e intentaron escapar. Esto llamó la atención de la multitud, cuya curiosidad luego se tornó

en ira.

La multitud se sublevó, cuando la sinvergüenza confesó a la autoridad, que había estado asando jotes y vendiéndolos al público como «pollo asado» por los pasados dos años. Esa última afirmación fue la gota que colmó el vaso, pues de acuerdo con las mismas fuentes, la multitud trató de linchar a la mujer.

Ésta, aprovechando la confusión y el caos, se les escapó de las manos y debido a la ineficacia de los oficiales del mercado, no pudo ser capturada. Los frustrados oficiales en un acto de crueldad, no liberaron a los jotes, sino que decidieron prenderles fuego.

La diferencia en tamaño entre los jotes y los pollos hace presumir que la carne estaba siendo vendida en pedazos y no como «pollos» enteros.

19

ERAN PASADAS las cuatro. Glenda roncaba. Desperté con sed. Fui a tomar agua. Tocaron la puerta. Los primeros golpes fueron rápidos, «traían plata». Luego puñetazos espaciados. Miré por el ojo mágico. Pregunté: «¿Quién molesta a esta hora?». Vi tres sombras moverse en la mampara. No respondieron. Fue suerte irme al sofá. Al segundo volaron la puerta. Entraron. Glenda, a medio vestir, llegó al comedor, prendió la luz y les gritó: «¡Qué se creen ustedes, milicos chuchas de su madre!». Uno de ellos contestó: «Soy el sargento Esparza y vengo bajo las órdenes de mi mayor Mayorga». Sonriendo me ofreció un cigarro y se arregló el bigote. Le dije que no fumaba. Luego presentó a los subalternos. Uno era el cabo Torres, el otro el cabo Flores. Eran de esos rucios colorines, pecosos, con mechadas de clavo, de esos que nacen en Llico o en Boyeruca. Se movían como zorros ladinos, estiraban la

trompa, levantaban la pera para darse autoridad.

«¿Cómo está el mayor? Se portó tan bien conmigo en el regimiento», le dije al Sargento. Glenda seguía puteándolos: «Váyanse a los cuarteles sapos culiaos, métanse la metrallata en la raja, cafiches del estado». Le pedí que se callara, que se fuera a la pieza. Tenía miedo que le pegaran, que la violaran. Los tres milicos ni se inmutaron.

«El mayor esta rebién, pero yo tengo que hacerle unas preguntitas a usted, profe», me dijo el sargento. Los cabos salieron de la cabaña y al rato volvieron con unos bates de aluminio y hachas de mano. «¡Glenda, sale de aquí!», le grité. Se guardó en la pieza. En las otras cabañas no penaba un alma. «Yo no estoy haciendo nada malo Sargento, hago mis clases en el colegio, muy tranquilo», respondí.

Los dos cabos se sentaron en el sofá, tenía uno a cada lado. El sargento Esparza fue por una silla y se instaló frente a mí: «Profe, está metido en un lío, tiene que prometer que toda esta cuestión se le va a olvidar altiro, ¿entendió?». Del bolsillo de la guerrera sacó una libretita. Ahí le habían anotado las preguntas que tenía que hacer. Los cabos me miraban con la boca abierta, le hacían cariño a los bates. Yo traté de controlar los nervios y responder. El sargento partió con el interrogatorio:

—Cuando usted llegó ese día a la oficina de mi mayor, ¿había un recluta?

—Sí, sargento, salió detrás del biombo.

—¿Y él le dio su nombre?

—Héctor o Víctor, algo así. No me acuerdo mucho.

—No se pase de listo, profe. Usted habló con él.

—Yo no quería líos, no me interesaban sus tonteras.

—Se acuerda, ¿ve? Víctor Mujica Lara se llama el recluta, profe.

—Así se llamaba, Sargento.

—¿Y le contó algo de la leche de burra ¿Algo del mayor?

—Yo estaba preocupado, urgido por mi trámite.

—¡Córtela con la huevadita, profe! ¿Le contó lo del hueco en el pecho?

—Sí, él andaba en pelotas. Tenía un tremendo hueco.

—Siga, siga. Ahora tiene que acordarse.

—Puras cochinas me contó, que había tomado leche de burra, que el mayor se lo...

—Dele, dele con el cuento.

—Que le había chupado el pico y lo había dejado con el hoyo.

—¿Usted quiere jubilar cierto? ¿Usted no quiere morirse Acá?

—Le estoy poniendo todo el empeño. Estoy reemplazando a una colega.

—Sino me coopera lo veo muy difícil.

—¿Qué más quiere, Sargento?, yo sólo esperaba al mayor en su oficina.

—No me importa eso.

—No hice nada malo.

—Tiene que olvidarse de todo lo que me dijo, profe.

—Yo me había olvidado, por eso le cuento a goteras. Le juro que me olvido.

—Conforme. Mañana venimos otra vez.
—¿Y para qué sargento? Le he dicho todo.
—Mañana voy hacerle las mismas preguntitas.
—Mañana le respondo lo mismo, no hay problema.
—¡Puchas que es porfiado, profe! ¿No le dije que tiene que olvidarse?
—Bueno, entonces le diré que no me acuerdo de nada.
—Pero el mayor me pidió que mañana le refrescara la memoria.
—¡Qué hago entonces!
—Mañana, a esta misma hora, tenemos que apalearlo bien apaleado.
—No entiendo nada. Yo quiero ayudar, pero no entiendo.
—Son las órdenes del mayor, tendrá que apechugar. Prohibido pedir alojamiento en otro lado.
—¿Y qué van hacer ahora?
—Profe, terminó el cuestionario. La señorita que se vaya. Usted espere afuera.

Fui a buscar a Glenda, pero se había escapado por la ventana. Me puse los pantalones y un chaleco, salí de la cabaña. Me senté en una banquita. El sargento dio un respingo y con los bates y machetes los cabos dieron curso a la orden de quebrar, rajar, moler, astillar y abollarlo todo. La sonajera duró más de media hora y paró cuando rompieron las ampolletas. Fue ahí cuando el sargento Esparza salió de la cabaña, luego lo hicieron los cabos. Muertos de cansados, prendieron un cigarro y se echaron como bestias al suelo.

«Mañana en la mañana viene una cuadrilla de maestros para que le arreglen y le repongan todo en la cabaña. Y en la noche le venimos a sacar la cresta». Fue lo último que me dijo el sargento. Algo le quise alegar, pero una bola amarga se atoró en mi garganta. Luego caminaron hasta el portón y se fueron en un jeep. Hacía frío. Entré a la cabaña, tropecé con las sillas rotas, el sillón era un manojito de resortes, en la cocina los vasos y los platos estaban hechos trizas en el piso. La cocina y el refrigerador lo dejaron como chatarra. La taza del water en mil pedazos. Cuando llegué a mi cama encontré mi colchón meado y cagado. Agarré una frazada y me fui a la despensa, despejé el arroz y los porotos del piso. Me puse a dormir.

Son las siete con treinta. Lo único que no rompieron fue el despertador y el maletín. Los milicos quieren que vaya a trabajar, me necesitan. No quieren que vuelva a la cabaña, me cuidan de algo, pero ni eso debo recordar.

20

—BUENOS DÍAS, señor Latorre. ¡Necesito urgente al señor Chatino!

—Está en la oficina. ¿Necesita algún material?

—Una piscina de lona desmontable con agua muy caliente, un traje de baño y una toalla por favor.

—Don Lizardo, ¿se siente bien?

—Un poco trasnochado, nada más.

—¡Lizardo, mira en lo que estoy ahora! Llegué temprano, me tomé un café, y de rompe y raja aparecí en esta jaula vestido de Auschwitz.

—Señor Chatino, anoche llegaron tres milicos a mi cabaña, la hicieron puré.

—¡Qué cagada te mandaste ahora, Lizardo!

—¡Ninguna, señor! Por lo menos debería preguntar cómo estoy.

—¿Pero te dijeron algo? ¿Estaban descontentos con tus clases?

—Me dijeron que si hoy volvía me apaleaban.

—Algo habrás hecho, Lizardo. Llamaré al mayor.

—¡Nooo!, dijeron que si le contaba se olvidara para siempre de su cargo.

—A lo mejor es una broma, a lo mejor te quieren apalear como estímulo. ¿No has pensado ir?

—No quiero riesgos. ¿Imagínese que después no pueda trabajar? Ahí cagamos lo dos.

—Tendrás que alojar aquí en el colegio. Hay un cuarto al lado de la biblioteca.

—Me parece bien, yo me arreglo en cualquier parte.

—Es bastante chico, espero que te acomodes. Ya no puedo con la angustia.

—Tranquilo, señor Chatino, los pollos ya tomaron el ritmo.

—Lo importante son los pollos, nada más que los pollos. Eso es lo importante.

—Y su carrera, señor Chatino, y que me timbren los papeles para jubilar.

—Una cosa lleva a la otra.

—Voy a mi sala, señor Chatino.

—Lizardo, ¿podrías acercarme ese pan? En un par de horas ya quedé como esqueleto.

—Y hasta la estrella de David le cosieron en el pijama.

—¡Cuidado, Lizardo, que la jaula está electrificada!

—Don Lizardo, recién instalé la piscina, se está llenando. Tengo un tremendo problema en la sala de profesores.

—¿Con un apoderado? ¿Necesita ayuda?

—Tengo a los tres colegas descompensados, no pueden salir de la sala.

—Vamos a verlos.

—La señorita Bruni no para de llorar, se arrastra por el piso, se levanta, se cae.

—Debe ser el stress, trabajar con pollos no es fácil.

—Hasta yo ando con un tic en el ojo, y eso que a mí no me entran balas.

[¿Y qué bicho le picó a este Latorre? Nunca había estado tan simpático. Esto me huele feo].

—Lizardo, colega, ¿no me voy a morir, cierto? Me subió la presión ¿No me voy a morir, cierto? Me voy a morir.

—No se acelere, don Marco, son los puros nervios, siéntese, no le pasará nada.

—¿Pero no me voy a morir, cierto?

—Nelson, levantemos a la colega y la estiramos en el sillón. El piso esta frío.

—¡¡Mira, Lizardo, saco de huevas, tú no me das órdenes!!

¡Ándate, si no quieres comerte una patada en el culo!

—Don Lizardo, mejor vaya a su sala. No hay caso. Yo atiende a los tres cursos.

—Señor Latorre, si necesita ayuda me avisa.

—La mejor ayuda es que haga bien su clase.

—Buenos días, alumnos. Hoy nos toca realizar la actividad del Hervido y Desplumado. Esta fase es importante, ya que ahí, a ustedes los ingresan a un depósito de agua caliente, con el fin de abrir sus poros y así facilitar el arranque de las plumas. No se adelanten, ¿no termino de explicar y ya me están piando? Prosigo: yo sé que odian mojarse, sumergirse les debe parecer demoníaco. Es por eso, que respetando su naturaleza, les digo: yo no los obligaré a entrar a la piscina. Ya es hora que ustedes apliquen el criterio, su conciencia en el autocuidado, la reflexión. ¿Qué pasaría si el hervido no existiera? Yo daré el ejemplo, me pondré este traje de baño y los voy a esperar en el agua. El que se anime a torcer la rama de su instinto obtendrá un conocimiento más allá de los baños de tierra, y por sobre todo podrá apreciar los beneficios de tener los folículos dilatados, «¿para qué?», se preguntarán ustedes. Antes del término de la clase les sacaré a todos una pluma. Ahí sentirán en carne propia el precio de no haberse arriesgado. No los juzgaré, pues su cobardía también será una experiencia constructiva. Los espero sin

presión. Les aviso, el agua está de película. ¿Se animan?

—Piooooooooo.

Qué relajo más grande, ellos se lo pierden, mejor, el agua está limpia. No vuelvo a la cabaña, estos pollos no me ganan, yo soy Lizardo. Firman los papeles, me jubilo, los milicos me cuidan, termino las dos clases. Suéltame la mano, hija, ¿qué hace Acá? Hacen un scanner al cerebro, no patalee, el seguro cubre. Tome profe, póngase estos fonos, vacile un reggaeton, ahí adentro. ¡Hay fuego, Mayor!, te metieron a un horno, Lizardo, la grasa, la piel se arruga, se duerme, Glenda, el brasero no. ¿Lo queman vivo?, ¡ahí tienen ácido!, ¡maricones! Ese no era don Samir, el hueso al aire, el muerto era mi padre, era una broma. Lizardo, estás profundamente dormido, tienes un sueño en el hospital de Talca. Es medianoche, la enfermera Gretel me deja solo. ¿Con quién, Lizardo? Dos auxiliares de aseo, ¡suelten las manos!, no se rían, cuatro haitianos rastafaris. ¿Y cómo son Lizardo? Zombies traficantes de marihuana, se cuelan por la pared, en forma de humo, abrazan a los auxiliares, fuman en el baño, vuelven a mi cama. ¿Quiénes, Lizardo? Los haitianos, abren sus morrales, sacan unos pitos, bates de béisbol, me apuntan a la cara, se ríen, tiran vaho en mi rostro. ¿Lizardo? Del humo salen palabras, signos proféticos de una lengua imposible. No grite, ¿por qué chillas? Los ojos con arena, los auxiliares se asustan, llaman a Gretel. Metieron a un viejito a mi cama, me mojó la pierna, bota

pus por el ombligo. ¿Cómo es el viejito? Lo metieron con zapatos, abrigo y sombrero, lo empujo, cae boqueando encima de la chata. ¡No sabe lo que hizo, don Lizardo! Gretel. El viejo dice: «La pagarás, conchas de tu madre». La culpa con rabia. Ubico la casa del viejo, me llamo Lizardo, tengo plata, soy profe, vengo a reparar el daño, que vuelva el viejo al hospital. ¿Hay alguien más en esa casa, Lizardo? Niños, hombres, miran feo, desaparecen. Voy a la cocina, las murallas son altas, de un verde musgo descascarado, llega la policía, con espátulas raspan la pintura, se cae. ¡No quiero ver! En los cuatros muros, cientos de fotos, la familia del viejo, los abuelos, nietos, hijos, nueras, tíos, perros, gatos, siglo XIX, XX, XXI. Práctica continua y sistemática: pedofilia, incesto, sodomía, abro la culpa, un secreto mayor. Lizardo, ¿quién te esconde en ese búnker? Los guardias del hospital. Hay un ventanal, da al Parque Forestal de Santiago, los amigos de la familia del viejo quieren entrar a punta de lumazos, los revientan, bien por los guardias, pero entran por la chimenea. Inyecciones de colores, llega el fin, la mano, ¿cómo es el fin, Lizardo? Amarran los pies, las manos, me hago el muerto, desnudo, al medio de la carretera, tapado con una caja de tele. Dos lados del camino se incendian, son los rusos, papá. ¿Y esa camioneta? Es de noche, me subo, estoy en el desierto. Martillazo, así se nombra el chofer. Lo esperan dos mujeres, bajamos, son peruanas, toman las agujas de cocer cuero, me zurcen la boca, el ano, los párpados, me tiran a una zanja. Martillazo da un golpe en mi nuca. Yo te conozco de antes, cuando me fui, no me alejé. Si aguantas sales del

coma o si no, aquí conmigo para siempre, busca un piloto, contálgalo. Abre los ojos, Lizardo. ¡Don Lizardo, despierte, el recluta Mujica se ahoga!



—Pia, pia, piooo.

—¿Están bien? ¿No hay problema? ¡Ufff! Menos mal. Me relajé mucho con el agua caliente. ¿Nadie se anima a meterse al agüita?

—Coooo.

—Nada, nada, no me pasa nada. No me hagan caso. En veinte minutos le saco una pluma a cada uno y terminamos la clase.

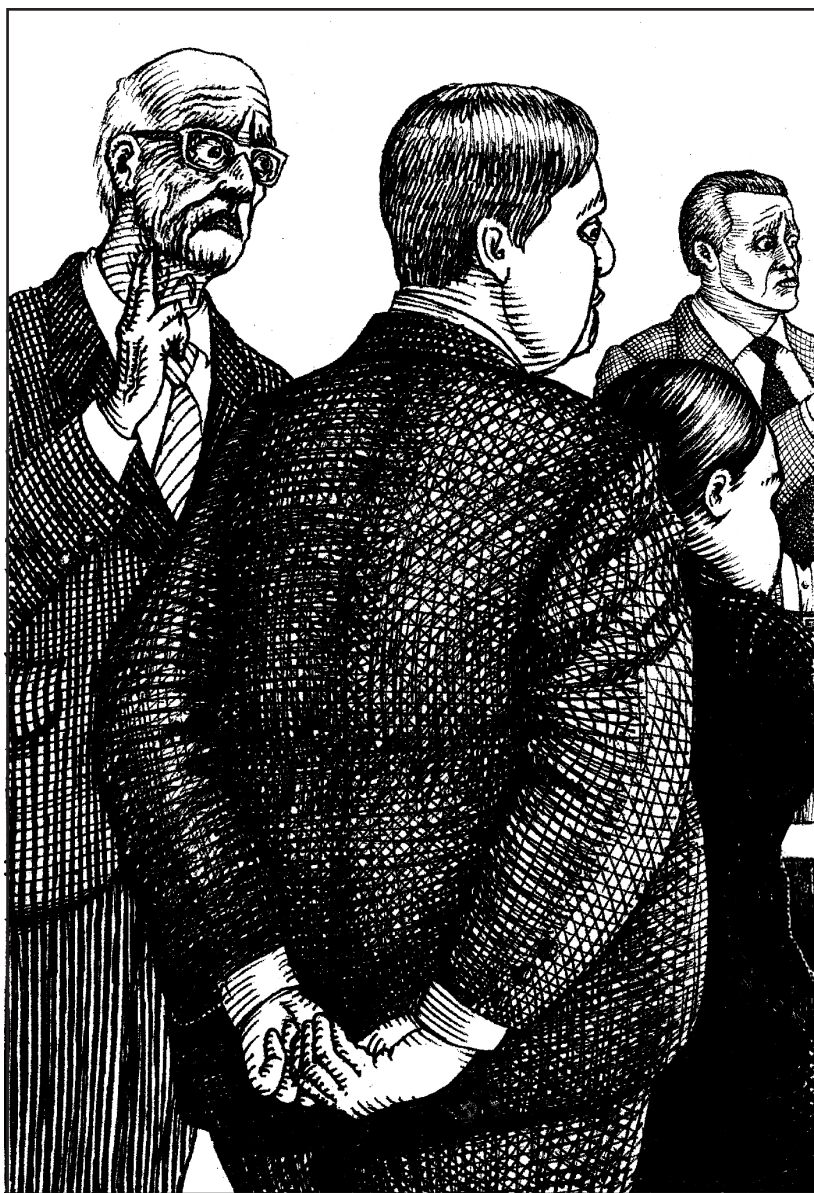
21

GLENDIA, TE regalaría estas palabras, pero ya las destiné al olvido. En el silencio de este cuarto mi escritura estalla en luces, vida y muerte se confunden, el tiempo congela mi paciencia, niego la vejez y la muerte, inmovilizo la vida. Dicen que cuando soñamos que soñamos estamos cerca de despertar. Hoy tuve un sueño en la piscina, delante de los alumnos. Nadie lo notó. Ya lo olvidé. Logré pasar el contenido de la clase. Fue un éxito. Al final quedé con treinta y ocho plumas en la mano. No les gustó, alegaron, corrieron, hasta un par de picotazos recibí. ¿Qué sacaba con ponerles una anotación negativa?, de todas formas tenían que graduarse. Así es que tomé la toalla, me sequé y pegué las plumas en el diario mural. Para motivarlos estampé una observación general positiva en el libro: «Todo el curso, con entusiasmo y aplicación, logra valorar, comprender y

aprehender las condiciones y beneficios del Hervido para un despegue fácil del plumaje». Esperé veinte minutos a que sonara el timbre. Dejé a mis pollos encerrados y fui a la caseta de Latorre. No lo encontré. En las otras salas los pollos tenían la locura. Era lógico, tenían hambre. Fui a la sala de profesores y nadie. Tampoco en la enfermería. Pensé en una reunión con Chatino, pero llegando a su oficina encontré la puerta abierta y a él muy colgando en su jaula, durmiendo a pata suelta sobre un colchón de paja. Me fui directo a la cocina. Glenda tenía que ayudarme con el cuarto, preparar mi almuerzo. Los comedores estaban vacíos, sentí los latidos de mi corazón mezclados con las goteras del bebedero, el boche hambreado de los alumnos brillaba por su ausencia en mi cabeza.

Salí del galpón. En algún momento aparecerían. Di unas vueltas por la cancha. De lejos podía escuchar la batahola de los pollos encerrados en las salas. No era mi problema, los míos eran los más grandes y tranquilos. ¿Y si Glenda me estaba esperando en el cuarto? Emocionado como un niño corrí por el pasillo. Al pasar por el baño de profesores escuché voces. Me detuve, el murmullo venía de la sala de fotocopias. Me acerqué a la ventana y por el espacio que dejaba la cortina los vi a todos: a Bruni con los ojos blancos afirmada en un estante, a don Marco tomándose el pulso en el cuello, a Nelson con sangre en un labio de tanto morderlo, a Latorre sacando cuentas con una calculadora y a Glenda batiendo los dados en un vaso. Los cinco frente a un gordo de traje plomo y sombrero ranchero, que fumaba,

comía sopaipillas y tragaba Fanta. En las rodillas del gordo descansaba un maletín plateado abierto. Pude ver los fajos de billetes, las bolsas de monedas y los muchos talonarios mezclados con papeles de todos los tamaños y colores. Era Samir Taladriz, el hijo del finado fundador. «Ya, mijita, si quiere que le pague el resto le tienen que salir menos de diez, sino topón pa' dentro» Fue lo primero que le oí decir al gordo. Se dirigía a Glenda, que sin dejar de agitar los dados respondió: «Muy bien, don Sami, pero si saco un trío me deja ir con lo que tengo». Samir se largó tres flatos al hilo y contestó: «¡Esa es mi yegua, juegue!» Glenda tiró los dados. No tuvo suerte. «Jajajaja, perdió, mi chiquilla, le queda un cuarto de sueldo», carcajeó Samir. Glenda se llevó las manos a la cara, angustiada se sentó en el suelo y cedió su asiento a don Marco. «Cómase una sopaipa, profe, aliméntese, mire que aquí tengo pa' rato con usté, acuértese que me pidió un adelanto el mes pasado», vociferó el sostenedor. «Voy a repetir lo del trabalenguas, don Samir», murmuró el colega. El gordo regaló una risotada, prendió otro cigarro y le pasó un papelito al colega. Don Marco lo intentó, le tiritaba la pera, aspiro profundo y comenzó: «Parangaricutirimicuarotorrinolaringologo...». En la tercera palabra del trabalenguas cometió un error. Muy complacido por la jugada el sostenedor exclamó: «Malazo, malazo, profe, pero todavía tenemos mucho rato pa' negociar. Ahora le toca pagarse a don Nelson». El colega Nelson, apenas se sentó, le puso una moneda en la mesa y lo miró a los ojos: «Ya, don Samir, yo no estoy para huevadas, le juego al cara y



— JAJAJAJA, PERDIÓ, MI CHIQUILLA, LE QUEDA UN CUARTO DE SUELDO



sello este mes de sueldo y el otro que viene». El gordo echó la cabezota hacia atrás y le aceptó el reto, con la condición de que a él le tocara lanzar la moneda y elegir cara. Vi la moneda volando y dando vueltas hasta caer en los pies de la colega Bruni. No sé si era espuma la que echaba por la boca, pero ella estaba muy ida, no se dio cuenta del triunfo de Nelson. Parecía un chiste, pero Samir hablaba en serio: «¿Te entrego la plata en monedas de cien? ¿O me esperarai hasta mañana?». Nelson sacó de su bolsillo una bolsa plástico y le dijo: «Págueme con monedas de a peso si quiere, total es plata igual». Calculé que llevaban más de tres horas de pago. Para agilizar la operación don Samir sacó del maletín una cajita, era un ludo. «Ya chiquillos, me dio hambre así que hagámosla cortita, juéguense una partida de ludo y al que gane le pago la mitad en efectivo y la otra con un vale de supermercado».

No quise mirar más. Tambaleando del asombro me paré y llegué a este cuarto. Lo encontré bien, pero lleno de polvo, cajas por todos lados, el catre por un lado, el colchón por otro. Encima de la mesa había un termo con comida, al lado una nota: «Nunca es tarde, hazte cargo, viejito inútil. Cariños, Glenda, tu nana, tu amiga». Lo hice, barrí, ordené, hice la cama, dejé todo impecable, lo mejor que pude, por lo menos quedó habitable. Me acosté temprano y hace un rato desperté con ganas de escribir.

Glenda, pude haber tenido a alguien como tú, o por lo menos a alguien parecido, pero ya es tarde, si no estuviera tan cansado te regalaría estas palabras.

22

—¡DESPIERTA, CHUCHATUMARE!

—¡¡Nooo!! ¿Quiénes son? ¿Qué quieren!

—Tranquilo, profe, si no va a pasarle nada.

—¿Cómo entraron? ¡No tengo plata!

—Venimos por lo del recluta Víctor Mujica. Usted sabe, profe.

—¡Están robando! ¿Qué alguien venga!

—Cierre la boca, no sea gil, sino le parchamos el hocico.

—Yo le dije a su sargento, yo no sé nada.

—A ese mono culiao ya no lo pescamos.

—De verdad, no sé nada ¿Qué hacen aquí? ¿Quién los mandó?

—Yo soy el soldado Danko, este es el recluta Angelo y afuera está el cabo Juan.

—Usted sabe lo que el mayor le hizo al Víctor.

—Yo vine a hacer un reemplazo, soy profe.

—¡No me venga na' a vender la pescá.

—Si no les miento, por algo estoy alojando aquí, el domingo tengo graduación.

—Profe, si el Lucio Calquín ya lo sapeó. Usté no es de Acá.

—¿Y qué van a hacer?

—El Calquín nos dijo, usté anda loquito por volverse pa' Allá, por eso las clases.

—Don Chatino me ofreció trabajar.

—Ya le sacamos el rollo, quiere jubilarse, irse a la chucha, descansar.

—Chiquillos, entiendan, yo no quiero saber nada, soy una tumba.

—Ahí estamos mal poh', profe, tiene que acordarse, ayudarnos.

—¿Quieren que ayude a denunciar algo?

—Es que usté fue el primero, profe. Nunca nadie había visto nada.

—¿Pero por qué yo? Llegué a la oficina del mayor por otra cosa, no podía hacerme el sordo. Ese recluta estaba ahí, no podía hacerme el ciego.

—Si yo lo entiendo, pero también entienda usté poh', en ese regimiento el mayor Mayorga lleva treinta años chupando penes y dejando a todos con un hoyo en el pecho.

—Está muy mal eso, no lo apoyo, ¿pero qué cresta tengo yo de importante?

—Hace ya harto tiempo que empezamos a rogarle a la

Virgencita del Carmelo, le pedimos que nos enviara un valiente para salvarnos y parar el abuso. También le pedimos tener a un niño símbolo, un elegido, que fuera bien valiente pa' contar la verdad.

—¿Y ustedes dicen que la virgen les cumplió el deseo?

—Sí, poh', profe, ¿se da cuenta que tiene que aperrar?

—Pero yo no creo en la virgen.

—La hueá que crea usted me la paso por la raja, profe.

—Danko, tranquilo, perdona, no sé como ayudarlos.

—Mire, profe, me voy sacar la camisa, pa' que vea el hueco. Angelo, voh' también muéstrale al profe como te dejó el mayor.

—No hay derecho, ¿cómo les pudieron hacer eso?

—Nosotros ya cagamos, ya nos pifiaron, pero igual nos queremos cobrar.

—¿Y nunca han sabido por qué lo hace?

—No sé, poh', profe, no sabemos.

—Pero debe ser por algo.

—Dicen que el mayor Mayorga es brujo, que se volvió loco de tanto torturar cuando estaba Pinochet, que hizo un pacto con el diablo, que tiene cien años y parece de cincuenta. A lo mejor el viejo lo hace de puro cerdo no más.

—Que cosa más terrible, yo aquí apenas me estoy salvando con lo mío, los pollos tienen que salir de primera, sino me voy cortado.

—Hace tres días que al Víctor lo tienen incomunicado.

—¿Y qué piensan hacer?

—Ya, profe, paremos la cháchara. Escuche: usted nos

tiene que hacer un favor, si no lo hace le matamos a todos sus pollos.

—No me hagan esto, chiquillos.

—El sábado usted tiene la última clase. Apenas la termine, el inspector va a llevar a los pollos a una sala pa' que se relajen ¿cierto? Andan apurados, así que ese mismo día los van a carnear. Ahí usted tiene que craneárselas y darles leche de burra.

—¡Pero están locos! Si hago esa cuestión los pollos se enferman.

—No sea egoísta, profe, si no lo hace, esa misma noche del sábado no vamo' a dejar ninguno vivo.

—Pero es ridículo. ¿Por qué leche de burra? ¿Qué sentido tiene?

—Haga eso no más, profe, y no preocupe de ni una hueá más.

—¿Y de dónde les voy a sacar leche de burra?

—Se la trajimos poh' profe. El Juan la trae ahora, la dejamos en la entrada.

—No se metan en líos, van a terminar pillándolos, no la embarren.

—¿Usted cree que le tenemos miedo al hueón del Esparza? ¡Todos esas ratas tienen el medio hoyo y andan igual a la siga del mayor!

—O sea sino lo hago estoy perdido.

—Mire profe, nosotros estamo' hablando de verda'. Ángelo, pásame la mochila.

—¡¡Nooooo!! ¡La cabeza del cabo Flores! ¿Cómo pudieron?

—No le ponga color, profe, si sabemos que a usted le

importa un comino. Usté quiere le timbren sus papeles y echarse a volar.

—¿Y qué pasa si los pollos se mueren con la leche?

—Ahí llegó el Juan. Profe, aquí tiene un garrafón lleno, aquí tiene jeringas. Dele hasta llenarles el buche.

—Pero se los puedo reventar.

—¡Ya, viejo chuchatumare, me copaste! Si no querí hacerlo esa misma noche les doy el bajo a todos.

—No tengo alternativa.

—Sábado en la noche, ya sabe, profe.

—¿Se pueden ir ahora?

—Conforme. Ahí pídale una ayuda a su minita. ¿Pa' eso no se la quitó al Calquín?

23

—¡DON LIZARDO! Tan temprano. ¿Durmió bien?

—Amanecí un poco afiebrado, señor Latorre.

—Déjeme ver. Aquí tengo un Mejoral, tómese lo con agüita.

—Agradecido, señor Latorre. ¿Habrá llegado el señor Chatino?

—Ni lo pregunte, dejó una nota en el escritorio. No vuelve hasta mañana.

—Me voy a clases, hoy me toca el Trozado.

—¿Necesita algo?

—Que nadie me interrumpa.

—Don Lizardo, apenas sienta el timbre de recreo váyase a la sala de profesores.

—¿Le pasó algo a los colegas?

—No pregunte tanto y obedezca.

—Queridos alumnos, hoy corresponde la clase del Trozado, mi intención era traerles un pollo articulado para desarmar, o por último hacerles uno de papel maché. Me fue imposible. Hoy les quiero hablar de mi trozado, decirles que me siento en mil pedazos y que la realidad que me hizo un hombre, esa realidad hecha por otros, me llevó a ser el que soy, un miedoso agotado, destrozado, un miedoso con la única meta de vivir Allá para ser un muerto en vida. Porquería de deseo. Al llegar Acá, a cumplir mi labor a este colegio, sentí que todo sería igual, yo soportando, yo fingiendo, yo simulando, mientras el tiempo se quemaba frente mis narices. ¿Para qué entonces tanto apego a la vida?, se preguntarán ustedes. ¿Si aún dándome cuenta no tengo un plan para ser otro? No habrá planes, no habrá acción, sólo un alejarse de todo y para siempre. No les voy mentir, eso ya es avance, no tengo pasta de héroe, soy una gallina, el gallina que durante todos estos días jugó a ser el mejor profe del colegio, pero que en el fondo le importaba un carajo que ustedes aprendieran a morir felices o instruidos. Entre tanta mezquindad debo decirles: nunca quise que mi vida dependiera de otra y siempre escapé del afán de ser necesario para el resto. Ahora, y en mil pedazos, les digo que jamás esperé que treinta y ocho pollos rompieran con eso. Les doy las gracias, tuve que llegar al extremo de jugarme la vida para que pasara. Yo les abro mi verdad, aunque no me den bola, tenía que decírselos. Después de todo, ¿a quién le interesan las miserias de un profe básico?

—Pio, pio, paaa, coc, cooo.

—Gracias, no esperaba menos de ustedes.

El timbre, la sala de profesores. Ojalá que no se anden cayendo como ayer. Necesito ver a Glenda, si el sargento Esparza encuentra esa leche en mi pieza estoy frito ¿Y si ya le cortaron la cabeza? Tengo que ser frío, ya no falta nada, no quiero más sorpresas.

Por qué es un buen coleguita, porque es un buen coleguita, porque es un buen coleguitaaaaaaa y nadie lo puede negar.

—Adelante, Lizardo, pase. En nombre de todos los profesores le tenemos una tortita para despedirlo.

—Muchas gracias, don Marco, pero yo me voy el domingo.

—Sí, pero nosotros terminamos hoy día, y ya no lo vemos más.

—Te deseo lo mejor, Lizardo, lo has hecho regio. Ánimo, que ya te queda poco.

—Te pasaste, Bruni. Oye, ¿y cómo te has sentido de tu mareo?

—Bien, achaques de mujer, no te preocupes.

—Con tu permiso, Nelson, me voy a mi pieza, tengo que ir a ver un material. Gracias por todo y descansa.

—Jejeje, ¿material le llaman ahora al amor? Cuídate mucho, Lizardo.

La gente rara, bonito el gesto, están en una burbuja. Esta llave está como el culo.

—¡Qué mala está la llave! ¿Cómo va todo Glendita?

—¿Lizardo, qué tienes en esa garrafa?

—Leche de burra, Glenda, tienes que ayudarme, escúchame con atención.

24

Es DE noche y las imágenes de este día se amontonan en mi cabeza, las espanto, pero al verme sin sueño vuelven y me piden que les siga dando vueltas.

Hoy desperté antes que el reloj sonara. Me duché, me vestí y salí del cuarto. A mi última clase. Vi a Latorre con los tres cursos en el patio, los entretenía organizando una carrera de obstáculos. Apenas me vio se acercó y me dijo: «Don Lizardo, no se preocupe por la clase del Enfriado, le dejé un ventilador macanudo. Para el Empaquetado, don Samir les compró a todos los alumnos un polerón con el escudo del colegio y la foto de cada uno de ellos estampada en el lomo».

Ni siquiera respiré aliviado, tenía la mente puesta en los pasos que habíamos planeado con Glenda. Teníamos que llenar de lecha de burra a los treinta y ocho pollos.

No tenía ganas de ver a Chatino, pero por una cuestión de cábala igual fui a su oficina. Lucía impecable, sus veinte y siete años le brillaban en su terno azul. Me ofreció asiento, café. Encendió el proyector y me dijo: «Lizardo, perro del alma, tengo la evaluación panorámica de tus clases, mañana, en la Prueba del Sabor, no tenemos por donde fallar». Yo le pregunté: «¿Y no lo ha llamado el mayor Mayorga?». Con una risa burlona me respondió: «Ese viejito viene a puro comer, con eso se conforma». Pero su relajó no me dejaba tranquilo: «¿Pero, ni siquiera le ha mandado un correo? ¿Qué pasa con don Cri Cri?» Y Chatino siguió con la respuesta segura: «No te persigas, Lizardo, a estos viejos les carga que los molesten».

Me pidió que apagara la luz y se largó con el análisis de mi gestión:

El profesor Lizardo Melgarejo, ha logrado, en base a un trabajo teórico, práctico y afectivo, desarrollar en nuestros estudiantes la capacidad de superar el vértigo de las primeras etapas del proceso, generando un clima curso relajado y abierto a la reflexión y a la misión del establecimiento. Es por esto, que en etapas como el Desangrado ha sabido moldear un comportamiento moderado y atractivo, en función de estimular el interés de los pollos por cuidar su anatomía y su amor propio al momento de visualizarles como un producto de consumo integral para la mesa del consumidor.

Cuando terminó le di las gracias. Notó mi desinterés, siguió sonriendo. Yo no quería estar ahí, quizás lo advirtió. Se fue directo a mi problema:

—Lizardo, huevón, mañana, apenas el mayor termine de comer, le muestras tus papeles de la jubilación. Yo estaré a tu lado.

—Es lo que más quiero, señor Chatino. He tratado de dar lo mejor.

—Recuerda que la Prueba del Sabor comienza a las doce en punto. Estos viejos llegan siempre a la hora. Glenda te llevará el traje y los zapatos nuevos.

—¿Y ella estará mañana en la ceremonia?

—Jajajajaja. ¡Claro que sí! ¡Si ella tiene que cocinar a los pollos de muestra!

—No sé si tengo otra cosa que preguntar.

—Anímate, hombre. ¿Qué harás cuando estés Allá? Yo que tú me pegaría la flor de licencia.

—Supongo que haré nada, no sé, antes lo tenía más claro. Ahora ni siquiera sé como hacer nada.

—No seas payaso, Lizardo, te sacaste la cresta haciendo clases. Te apuesto que ahora con tiempo te vas a buscar una Glendita.

—Señor Chatino, ¿a veces no se aburre de estar aquí?

—Yo soy práctico, no necesito a nadie si no hay un motivo.

—¿Y si algún día se le acaban los motivos?

—Lizardo, deja la puerta cerrada, por favor.

25

LLEGUÉ A la sala, saludé a mis pollitos, abrí las ventanas, encendí el ventilador y a los minutos los tenía tiritando. Les expliqué las cualidades de un buen Enfriado para la eliminación de microorganismos dañinos. Pero en realidad, lo interesante eran los polerones de don Samir. Aproveché la ocasión y uno por uno los empaqueté con el regalo. Nadie alegó, andaban súper dóciles. Tiraban pinta con sus pelerones, estaban felices, eso era lo importante, la meta de la formación. Los dejé que se relajaran. Casi ni supe como pasó la hora y llegó el señor Latorre a retirarlos. Me preguntó si quería o no despedirme de los alumnos. Le dije que prefería hacerlo más tarde, que me diera un espacio en la Sala de Entretención. El señor Latorre asintió, y me dijo que me fuera a descansar, que cuando todo estuviera listo me avisaba por intermedio de Glenda.

Esa hora y media en el cuarto fue interminable. Tocaron la puerta. Era Glenda. Me chocó su frialdad, ni una pizca de nervios. Fue mejor así. Me habló con voz pausada: «Ya, Lizardo, vámonos, Latorre se fue un rato a su cabaña. Me dijo que tenías media hora para despedirte». En una mochila gigante metimos el garrafón de leche. Glenda me advirtió: «Mira hacia adelante Lizardo, nos vigilan, pero eso no es malo. Ya sabemos que hacer».

Sí, Glenda, era de fierro. Entramos al salón y allí estaban mis treinta y ocho. Algunos encaramados en los balancines, otros en las camillas vibradoras, la mayoría picoteando pelotas de goma. Casi ni se percataron de nuestra presencia. Glenda me dio un palmetazo en la nuca y me ordenó: «Lizardo, no hay mucho tiempo. Los agarras firme, les abre el pico y yo les mando el jeringazo». Sacamos el garrafón. A los primeros intenté pillarlos por sorpresa, pero entre los escapes y las resistencias el tiempo corría. Intenté agarrarlos con sicología invertida, que corrieran tras de mí. Fue un fracaso. Opté por agarrarlos a lo bruto. Resultó. Mientras Glenda los llenaba de leche, con chorros muy precisos en el pico, yo los despedía con frases de aliento: «Sacrifíquense, serán los mártires, los alumnos más constructivistas de la historia de los pollos Taladriz».

No pasarían cinco minutos de haber llenado al último, cuando Latorre apareció montado en el carrito:

—¿Se despidió bien, don Lizardo?

—Muy bien, señor Latorre, hasta unas lágrimas cayeron.

—Son complicados, pero uno les toma cariño. Le toma-

ron afecto y por sobre todo respeto.

—¿Ahora se los llevan a la procesadora?

—Yo lo haría mañana, pero el señor Chatino organizó todo.

—Me voy a descansar, mañana nos vemos en la ceremonia.

A eso de las diez llegó Glenda, muerta de cansada. La tapé a preguntas:

—Glenda, ¿Sufrieron mucho?

—Igual que siempre, sin novedad. Incluso hasta se portaron mejor. Hiciste un buen trabajo con esos pollos.

—Pero la leche. Cuando los destriparon ¿no hubo nada raro?

—Nada de nada, me preocupaba que se pusieran blancos, o algo así.

—A lo mejor era una pura tontera. Esos milicos nos metieron el dedo en la boca.

—¡Pero, Lizardo! Ya lo hicimos, despreocúpate, ya no nos pillaron.

—¿No te puedes quedar un rato?

—No puedo, quiero dormir, mañana tengo que hacer un pollo arvejado, otro a la plancha y una cazuela. Esos viejos comen como bestias.

—¿Pero no puedes quedarte un poco más?

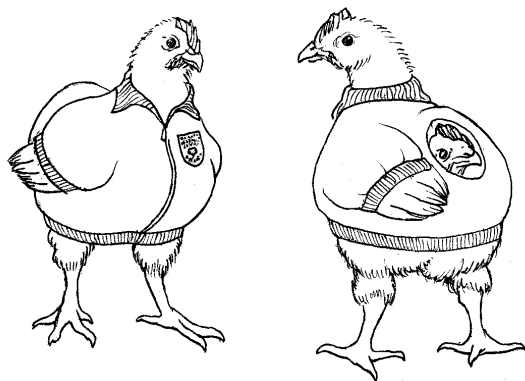
—Se van a chupar los dedos, te darán la firma sin ningún drama.

—Glenda, te voy a echar de menos.

—Mentira, ni te vas a acordar.

—Ojalá seas como un sueño repetido.

Hace horas que Glenda se fue, no he podido dormir. Y tenía razón, los pelados me vigilan, ahí veo dos sombras arriba de un sauce, en el puente una luz de cigarro. Quieren que sepa que están ahí, aguardan la mañana. Hasta el último momento esperé que el mayor apareciera con un pelotón de fusileros y los rajara a balazos. Pero no. Quizás ahora el mayor está en plena fuga, imitando a Mussolini, quizás ya lo pillaron y ya tienen sus pedazos repartidos por las cuatro esquinas de la tierra.



26

QUÉ SALÓN más bonito. Tiene lámpara de lágrimas, un escenario, la mesa de lujo, los manteles. Ya llegaron, ahí está el mayor, no trajo escolta, ni pensarlo. Me aprietan los zapatos. Glenda cocina. Ya pasó lo peor. Ese Samir, huevón ordinario, viene con guayabera. Ese debe ser don Cri Cri, lagartija seca. Tengo hambre, ¿será bueno comerse a los alumnos?

—¡Profesor, Lizardo, qué bueno verlo de nuevo! ¿Cómo estuvieron las clases?

—Los dejé a punto, mayor, los tuve de cabeza estudiando.

—Muy bien hecho, así da gusto venir.

—Mi mayor, después de la comida, ¿me podría timbrar los papeles?

- Sabía que me iba a preguntar por la cuestión.
—Es que usted sabe, yo me quiero jubilar.
—Conforme, no sea impaciente, primero comamos.
—Mayor, ¿cómo andan las cosas en el regimiento?
—Vaya a conversar con don Cristóbal, ese también vota.

- ¿Así que usted es don Cri Cri, el dueño de los plátanos orientales?
—Así dicen, yo doy trabajo a la gente de trabajo.
—Me imagino. Y qué bueno invertir en un colegio.
—No se engañe, profesor, con esto gano un moco de pavo.
—¿No es rentable?
—Yo fui amigo de Abelardo, me invitan por eso. A ese loco lo apoyé siempre.
—Deben tener hartas historias en común.
—Permiso, voy a saludar a Chatino.

- Así que vo' eres, el Lizardo ¿Se te portaron bien los pollitos?
—Don Samir, un gusto conocerlo.
—¿Tendrá listo el mastique, la Glendita?
—Yo creo que le falta, don Samir.
—Si no me la como a ella. ¿Y que hueá? Jajajajaja.
—Ahora se viene el discurso del señor Chatino.
—¡Ooooh! Este chucha su mare, habla hasta por los codos.

Estimado mayor Belisario Arturo Mayorga Montenegro, don Samir Taladriz Gaona, don Cristóbal Crisóstomo Teuber, señor Eladio Latorre Fuica. Tengan todos muy buenos días. Damos por iniciada la Prueba del Sabor, entonando el himno del colegio.

*A cruzar nuestras alas ufanas
donde pasa el don del saber
en las aulas nos guían las almas
en la ruta del buen proceder.*

*Taladriz es servir con orgullo,
auscultando el camino de luz,
de verdad y de superación.*

*El futuro es el fin de la línea
sendero de paz y esperanza,
nuestro vuelo marcial y leal
en las mesas nos diera la gloria.*

*Taladriz es servir con orgullo,
auscultando el camino de luz,
de verdad y de superación.*

Muchas gracias. Pueden tomar asiento. Como todos los fines de mes, un grupo de pollos egresa de nuestro establecimiento con la ilusión de convertirse en los estudiantes más

integrales y sabrosos del mercado avícola. Ayer fueron procesados con los más altos estándares tecnológicos y humanos, parámetros a los cuales sólo la calidad Taladriz sabe llegar. Hoy, en esta Prueba del Sabor, la comisión calificadora, presidida y liderada por el excelentísimo mayor Mayorga, nos entregará el veredicto de este trabajo realizado con tanta pasión y profesionalismo. Ha sido un mes difícil, por penosas circunstancias, nuestra profesora titular, encargada del curso, presentó una licencia médica por problemas de salud. El imprevisto nos puso en aprietos, pues el mes escolar tenía que seguir desarrollándose. Gracias a las rápidas gestiones de don Belisario Mayorga, logramos incorporar a un reemplazante de excelencia: al profesor Lizardo Melgarejo. Sin él no hubiera sido posible sentirnos orgullosos de presentarles esta prueba, que con el talento de nuestra manipuladora de alimentos, Glenda Vivanco, hoy la hacemos realidad. Estimados comensales, vamos todos a la mesa, demos paso a la degustación.

—¿Cómo me salió el discurso, Lizardo?

—Le faltó mencionar el poco tiempo que tuvimos.

—Lizardo, apenas el mayor termine de tragar, le llevas tus papeles.

—Estaré atento, don Chatino.

—¡Por Dios, que está rico esto!, Glendita, el caldito le quedó de lujo.

—Gracias, don Cri Cri, es que el profe Lizardo le enseñó muy bien a los pollitos.

—Glendita, usted no pierde la mano, sírvame un poco de arvejado.

—Jajajaja. Le apuesto que el profe se le tiró al dulce.

—Don Samir, coma callado. ¿Le sirvo lechuga?

—Esa hueá es de maricones poh', Glendita, mejor pásame ese tuto corto.

—¿Qué le parece la comida, mi mayor?

—Chatino, nada que decir, la pechuga está de miedo.

—Si me autoriza, mayor, me gustaría hacer un brindis por la cocinera.

—¡Uff! ¡Ayayai! ¡Uff!

—¿Se siente bien, mayor?

—Me dio una puntada.

—¿Muy fuerte, mi mayor?

—No es nada, parece que estoy comiendo mucho.

—Mayor, lo veo medio pálido. ¿Le sirvo un agua de yerbas?

—¡Uffff!, me siento como la mona, Latorre.

—¿Le cayó mal la ensalada?

—Estoy mareado. Ya se pasará.

—Don Cri Cri, ¿qué hueá le pasa al mayor?
—Por Dios, Samir. ¿No ve que se siente mal?
—Y eso que es milico. Yo tengo guata de fierro.

—Voy a tener que retirarme, uffff. Ya no puedo más.
—Vamos a la enfermería, mi mayor. Debe ser un cólico.
—¡Ay!, Latorre, vamos. Parece que tengo un animal adentro.

—¿Qué hago, señor Chatino, le pido ahora la firma?
—Lizardo, espera un poco, deja que se recupere.
—¿Y si se pone peor? Lo siento, yo voy a la enfermería.
—Lizardo, no hagas leseras, el mayor está indispuerto.

Desde aquí se escuchan lo gritos, le duele. El mayor me tiene que timbrar, tiene que firmar, merezco jubilar, aquí y allá. Deberían darme una pensión doble. A Chatino no le importo, si el viejo se muere yo pierdo. Voy a la enfermería, ya no aguanto estos zapatos. Yo entro no más.

—¡Don Lizardo! ¿Qué hace aquí? ¡Váyase al salón!
—Disculpe, señor Latorre, pero tengo que hablar con el mayor.

—¿Pero no ve su estado? Mire su estómago, no es normal que se infle así.

—Mayor, se lo ruego, aquí tengo los papeles, póngale la firma y el timbre. Hágalo rápido.

—¡Ayyy!, ya no aguanto, las tripas. Me dueleeee.

—Tome, aquí tiene lápiz, firme, por favor, firme.

—Muy bien, mayor, ahora necesito el timbre final.

—Lizardo, no sé, me siento mal. Debe estar en mi abrigo.

—El mayor está enfermo. ¡No abuse, don Lizardo!

—¡No sea mala gente, Latorre! Yo quiero el timbre.

—Esto lo sabrán, inmediatamente, don Omar y don Samir.

—Vaya, Latorre. Vaya a buscar mi abrigo.

—Pero su estómago, mayor.

—Haga lo que pido, y dígame a Chatino que ya estaré mejor.

—Llamaré a una ambulancia.

—Profesor Lizardo, no sé qué pasa. Voy a reventar.

—Mayor, lo único que quiero es jubilar, yo no sé más.

—Eso es bueno escucharlo, profesor.

—La panza le crece como diablo.

—Profesor, ya no puedo respirar.

El mayor parece un jabalí con hernia atómica, preñado en doce meses, batracio sin parir. El globo se le infla a cada queja. Jadeo a jadeo, la panza del mayor bombea y se levanta, la piel se estira tanto que parece rajarse. Se expande la hinchazón por las costillas, el sudor del cuerpo moja el aire. Quiero que reviente y escupa al animal que habita, cuatro morsas y un becerro. Pero no, la bola crece y toca techo, revienta el tubo fluorescente. La jalea me arrincona en la pared. Latorre intenta entrar, la puerta se tranca, no hay espacio. Logra meter un brazo, la masa estomacal crece, ya tengo el timbre. Veo un ojo de Latorre, lo cierra, se despide con un guiño, y dice: «Así yo no puedo hacer nada. Yo me debo a mis pollitos». La puerta se cierra. Me tiro bajo la camilla, como puedo timbro mis papeles, los guardo en el maletín. Todo esta mojado, la panza inunda todo. El Mayor no llora, no gime, se ha cansado de pedirle a Dios que lo saque del tormento. Hay un vapor, una niebla espesa, dulzona. La nube madre se concentra arriba del estante de remedios, la nube engorda, se mueve hasta formar un cuerpo humano. En un destello luminoso veo la figura del recluta Víctor Mujica Lara. Levita como un colibrí, no lleva traje de soldado, luce un vestido blanco con encajes, no parece novia. Bajo el brazo tiene un ramo de cardenales, un manto dorado y una corona de ubres en la cabeza. El recluta Mujica tiene un aura crema, con olor a nata. Mujica Lara es una santa, una virgen que nos mira con poder. Se acerca a la camilla, el mayor vuelve a gritar. Quiero salir, pero la virgen apunta su varita y me deja congelado en el misterio.

—Lizardo, salvador mío, soy yo la Virgen de la Burra Láctea.

—Recluta Víctor, yo cumplí con el trato, los pollos se tomaron toda la leche.

—No tirites, Lizardo, ahora que soy una virgen vengo cumplir con el designio.

—¿Y yo puedo retirarme? Ya no quiero estar aquí.

—Lizardo, quédate un momento, quiero arreglar cuentas con el mayor.

—¡Bendita seas, Virgen de la Burra Láctea!

—He vuelto, Mayorga, ahora soy la Virgen de la Burra Láctea.

—¡¡Ayyy!! ¡¡Agghhh!! ¡Piensa en tu patria, maricona!

—Por eso vine a hundir tu pecho, a vengar el hueco del soldado.

—Te vas a condenar recluta.

—¿Qué siente estar relleno en leche?

—Hágalo por Chile, recluta. Máteme si quiere.

La Virgen de la Burra Láctea salta sobre el mayor, con su varita le desgarrar la ropa de un zarpazo, saltan las medallas, pone los ojos blancos cuando le ensarta el palo de la banderita en el ojete del culo. Con un gruñido la santa se traga el pene del mayor y mama, mama, mama, mama, chupa que chupa. Vuelta loca la virgen, sin freno, tragando y botando gotitas blancas por la comisura de los labios, la leche cae justo en una escupidera que hay bajo la camilla. El tiempo blanco



LA VIRGEN PIADOSA LE TIRA UNA BOLSITA DE TOLUENO Y EL MAYOR ASPIRA.



se hace largo, y el mayor ya no ruega perdón. De su panza solo va quedando un pellejo suelto, un mantel arrugado que cubre el piso y que a la vez es cubierto por la cola del vestido de la virgen. Queda leche todavía. La virgen insaciable, no para, lo deja seco, el mayor no transpira. Hay olor a pollo frito, se siente el güergüero como tarro viejo machacando, olor a caldo rancio, ya no queda nada. Suena un ¡POPS!, y cual sopapo la boca de la virgen recluta se despegas de la verga. La santidad vuela hacia el estante, con la cara roja, abre un frasco de neo yodo y se lo traga al seco. Recupera fuerza y su luz se posa en una silla. El mayor ya tiene ojeras, pura costilla seca, ojos de pin pon, cara de volado sicótico. Como puede se sienta en la camilla y me pide aire. El centro de su pecho se contrae, se le hunde el pecho, ahí adentro cabe una manzana curicana o un meloncito calameño. No hay biombo donde pueda esconderse. La virgen piadosa le tira una bolsita de tolueno y el mayor aspira. Con el pecho hundido intenta una pose marcial, pero la banderita que tiene en el culo le flamea y lo tumba en la camilla. La virgen me seca los papeles y el terno con su manto, con su varita me lo plancha y quedo flor.

- Virgencita, ¿puedo salir?
- Anda, Lizardo, tu mamá estará contenta.
- Virgencita, no se cuántas velas le tendría que poner.
- Se acabó la historia, Lizardo. Aquí se apaga todo.

—¿Pero y el mayor no le contará su historia a un sucesor?

—No hable tonteras, hijo mío. Todo se deshace, todo fue un relleno, sin honor, sin causa, sin pasado, sin futuro, una fantasía rasca, echa a la medida de la luz de tu cabeza. Pa' que usted jugara al hombre, pa' que usted llegara al borde de un abismo sin barandas.

—¿Y lo logré, virgencita?

—¿No querías jubilar? Recuerda lo que te decía tu padre: «La vida es resbalosa como piedra de río».

—¿Y ya he pensado mucho en caballitos de colores, virgencita?

—Ándate luego, que todo se está apagando. Glenda te quiere despedir.

La santísima me arroja al pasillo, busco a Glenda, paso por el salón. En la mesa todavía hay restos de pollo. A don Cri Cri se le quedó la boina a lo Neruda, ya no hay Samir, sólo quedan los sonidos de sus flatos y sus peos retumbando en las paredes. ¿Y el señor Chatino? Le hablo y le hablo y no contesta, está loco apilando las sillas, en forma de pirámide, enrolla la alfombra del escenario y la vuelve a desenrollar. Le grito: «Oye, Chatino, córtala con el show». Me tira una bola de papel en la frente, y luego un avioncito. No quiere mirarme, abro la bola y el avión: son dos currículum vitae. Sigue apilando sillas, luego se enrolla en la alfombra, la luz se apaga. Glenda me pega un silbido.



—¿Y tú no pensabas venirte? Tan apurado que estabas.

—Estoy contento, Glendita, no sé como irme. Ni lo he pensado.

—Me lo imaginé, no te alcanzó para un avión, pero ya viene un bus rural.

—Estoy contento, Glenda, te voy a echar de menos.

—Déjate de hablar huevadas, Lizardo. Tú sabes lo que soy.

—Pero contigo me he sentido enamorado.

—Sabes que no puedo ir contigo, por eso me amas tanto.

—Estoy contento, Glendita. Por fin, ya le gané a la vida.

—Pero te quedan un par de años para jubilar. Algo bueno tienes que hacer en ese tiempo.

—Aguantar con más paciencia, no tomando en cuenta, supongo.

—Por último, búscate a una Glenda por Allá. Juégate por alguien.

—¿Le faltará mucho a la micro, Glendita?

—Ni siquiera yo, que soy tu delirio, llegó a sentir amor por ti, y fue tu culpa, Lizardo.

—Ahí viene la micro, Glenda. ¿Y por qué vienen esos jotes en el techo?

—No les tengas miedo, igual están cansados, querían matarte, pero perdieron. También tienen derecho a irse a su lugar.

—Yo no me subo, Glenda, hartó me la he jugado viendo milicos huecos, haciendo clases a pollos, prendiéndole velas a una virgen, yo no me subo a esa micro.

—Piensa en tu pesadilla del avión, Lizardo, métete a esa micro, diles que ganaste, que libraste, que te vas a jubilar de todo y para siempre.

—Pero adentro está lleno de jotes, no hay ni un asiento libre. Imagínate la bulla, el mierdal que deben tener.

—Ya, Lizardo, aquí llegó la máquina. Es hora de subir, dame un abrazo y no les tengas miedo. Los jotes están cansados igual que tú. No seas egoísta.

—¡Además, que yo estoy más vivo que nunca y estos comen pura muerte!

—Obvio, y tú ya recibiste tu premio, Lizardo. Volverás con vida a jubilar, sube y acomódate.

—Chao, Glenda, y gracias por el budín de papas. El viaje puede ser largo. Pobrecito del jote que quiera zamparse mi comida.

—No te preocupes, Lizardo, más de algún jote sabrá sacarte un buen pedazo.

—No te escucho, Glenda, habla más fuerte.

—Qué con algo tendrán que recordarte.

LIZARDO

Miro el parque. Con la cara chueca, un brazo muerto y el resto echado en esta silla con ruedas. Miro el parque por el ventanal. A veces me sale un soplo de risa, me agito callado. Lo hice, jubilado estoy de todo, anticipado a mi sueño, con mi premio en un saco que ya nadie puede abrir. Son las seis de la tarde, dos colegialas pitean algo en el ciprés. Sonó el celular, mi hija me preguntó cuatro veces si me gustó el MP3 que me dio en la navidad. Me duele hablar mucho, le tiré un bostezo y le corté. Babeo, me acalambro, oigo el canturreo y la loza de mi mami en la cocina. El viento en la cara. Cae la noche. Soy un moai cuidando el ocaso para siempre, como si esta muerte en vida, a partir de ahora, no tuviera fin.



COLOFÓN

EDICIONES

PIEL DE GALLINA © CLAUDIO MALDONADO, REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL, N° 229.736, SE EDITÓ EN LOS TALLERES INUBICALISTAS DE VALPARAÍSO. PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS , ADOBE GARAMOND PRO, IMPACT Y AGFA ROTI SEMISANS. EN LOS INTERIORES SE USÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80G Y PARA LA PORTADA CARTÓN DÚPLEX DE 220G, CON POLINAMINADO OPACO. SE REALIZARON 500 EJEMPLARES. IMPRESO EN JULIO DE 2013.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.BLOGSPOT.COM
EDICIONESINUBICALISTAS@GMAIL.COM

